

Fuentes de variación entre los movimientos de la clase obrera en la Europa del siglo XX

Michael Mann

DAVID LOCKWOOD, EN SU ENSAYO clásico *Fuentes de variación en las imágenes de la sociedad de la clase obrera* (1966), distinguía tres imágenes tipo-ideal sobre la sociedad que advirtió entre los obreros, a saber, proletaria, deferente y privatizada.* El primer propósito de Lockwood era recordarnos que las creencias de los obreros son sumamente diversas y abarcan desde aquellos proletarios con conciencia de clase, pasando por los conservadores deferentes que admiten la existencia de categorías sociales, hasta las imágenes calculadoras, consumistas y con una combinación de clase y categoría social de los trabajadores privatizados. Si bien el recordatorio de Lockwood tuvo un efecto muy saludable en los años sesenta y sigue teniéndolo en la actualidad, el autor fue aún más lejos y nos reveló los orígenes de esas tres imágenes. Así, en un tono decididamente antropológico, Lockwood afirmó que éstas eran el resultado de la confluencia del lugar de trabajo de los individuos y de sus relaciones con la comunidad, dado que en su mayoría, los hombres perciben la estructura de clases de su sociedad desde el punto en que está situado su entorno particular, y sus percepciones sobre la sociedad en su conjunto varían según las experiencias que hayan tenido respecto a la injusticia social en las sociedades más pequeñas en las que se desarrolla su vida cotidiana.

* Este trabajo fue originalmente preparado para una conferencia que se organizó en honor de David Lockwood en la Universidad de Essex del 18 al 20 de abril de 1995, en ocasión de su retiro. Mi obra debe mucho a los propios artículos de Lockwood sobre las clases, pero más aún a su ejemplo y exhortaciones constantes para elaborar un tipo de sociología que tenga a la vez relevancia teórica, empírica, comparativa, histórica y sociopolítica. Deseo agradecer a Perry Anderson y a John D. Stephens sus comentarios a la versión preliminar de este trabajo.

De esta manera, según Lockwood, la clase obrera tiene distintas imágenes sobre la sociedad, que resultan de los diferentes tipos de interacción entre el trabajo y la comunidad. Para este autor las imágenes poseen una vida propia dentro de la sociedad en una dimensión micro, pero al parecer no en una dimensión macro.¹

El presente trabajo se apega al argumento de Lockwood en lo que se refiere a la diversidad, pero se aparta de él en lo relativo al macroanálisis. Aquí examinaré los orígenes de las imágenes de la clase obrera sobre la sociedad analizando los movimientos de masas antagónicos que buscaban ganarse el apoyo de esta clase en la Europa del siglo xx, para lo cual analizaré los principales movimientos socialistas, anarcosindicalistas, liberales, conservadores y fascistas que ocurrieron a lo largo del siglo. Cabe hacer notar que, en este tipo de análisis, resulta inevitable que el término “clase obrera” tienda a utilizarse en dos sentidos diferentes, a saber, como un conjunto de posiciones económicas —en este caso, burdamente identificadas por el trabajo manual (obreril)— y como un actor colectivo, indicado por los movimientos de la clase obrera. La relación entre ambos conceptos constituye la materia de mi trabajo.

Empezaré con el surgimiento del socialismo y del anarcosindicalismo. Si bien gran parte de este tema constituye un terreno conocido sobre el cual mucho se ha escrito, la mayoría de los historiadores y de los sociólogos de la clase obrera han partido del supuesto de que ésta tenía un vínculo total con el socialismo. A la vez que han conceptualizado a los movimientos conservadores y liberales como esencialmente “burgueses” o “pequeñoburgueses”, lo cual, por supuesto, es la forma en que los propios socialistas concebían la realidad del siglo xx. Resulta sorprendente observar que los historiadores del liberalismo y del conservadurismo han coincidido en cierto sentido, pues en sus investigaciones al respecto no han analizado a estas corrientes como movimientos sociales, sino como políticas de salón entre las élites sociales. El presente trabajo, por el contrario, pretende explicar las acciones de los conservadores como iniciativas para contraatacar el izquierdismo mediante movilizaciones de masas, identificando tres estrategias para ello —la religiosa, la tecnocrática y la nacionalista—; además se analiza la subsecuente lucha por ganar el apoyo de la clase obrera. El trabajo con-

¹ En una nota de pie de página, Lockwood hace notar que las relaciones entre el trabajo y la comunidad no agotan la gama de variables relevantes y, en particular, señala que la movilidad social afecta las imágenes de los obreros, aunque —aquí de nuevo— esto se debe a que involucra una experiencia personal y directa de clase.

cluye con los “ganadores” del periodo posterior a 1945. Dado el reducido espacio del que dispongo, mi descripción será necesariamente muy general.²

Son cuatro, entonces, los puntos en los que difiero del enfoque de Lockwood. En primer lugar, mientras que sus imágenes eran tipos ideales, yo analizo los movimientos sociales reales y, por ende, las imágenes mezcladas y un tanto contradictorias que poseían los actores reales y los movimientos que buscaban el apoyo de las masas.

En segundo lugar, Lockwood escribió en una época en la que era ciertamente posible calificar las imágenes proletaria y deferente como “tradicionales” y a la del obrero privatizado como nueva. Por mi parte, aun cuando también identifiqué movimientos proletarios y deferentes, considero que difícilmente pueda calificárseles como “tradicionales”, dado que éstos fueron creados y reformados a todo lo largo del siglo xx. Y si bien no pretendo descubrir la “privatización” en periodos anteriores, sí señalaré su insinuación ideológica, manifiesta en el calculismo, pragmatismo y negociación entre los modelos de estatus y de clase de la sociedad. Mi propósito al llevar a cabo esta extensa revisión histórica es trazar el camino que llevó desde el surgimiento hasta su desaparición, de ciertas imágenes de la clase obrera sobre la sociedad.

En tercer lugar, intentaré hacer lo que Lockwood evitó, a saber, vincular lo micro y lo macro, examinar las interacciones entre el trabajador, las redes sociales locales, los movimientos de masas y los procesos macrosociales. Considerando mis trabajos anteriores, no deberá sorprender que ponga el acento en el efecto que tuvieron las organizaciones de poder económicas, ideológicas, militares y políticas en las imágenes de la clase obrera sobre la sociedad.

En cuarto lugar, mi objeto de estudio es Europa, mientras que el de Lockwood se centró básicamente en Gran Bretaña, la cual, considerada desde una perspectiva comparativa e histórica, representa un caso excepcional. Esto se manifiesta en el hecho de que ya desde la época de la batalla de Waterloo, Gran Bretaña tenía más trabajadores en la industria que en la agricultura, récord de industrialización que no fue alcanzado sino hasta la década de 1880, cuando Bélgica pudo ser el siguiente país en lograrlo. Asimismo, en Gran Bretaña el progreso hacia la democracia política fue a la vez singularmente precoz y lento. La tem-

² Muchos de estos temas habré de tratarlos, con más evidencia de apoyo, en el volumen 3 de mi libro *The Sources of Social Power*. Por el momento, mi investigación se ha centrado básicamente en el periodo anterior a 1939 y en los casos de Alemania y España.

prana industrialización contribuyó a que en ese país surgiera el primer movimiento proletario con fuertes tendencias insurreccionistas: el cartismo, y tras el colapso de éste, la precocidad también dio lugar a la aparición de otras organizaciones obreras inusuales, con escasa influencia marxista o anarcosindicalista. Este factor, de igual forma, dio al conservadurismo británico un carácter singular, al ser capaz de modernizarse lentamente sin experimentar esas crisis súbitas que sufrieron sus colegas europeos. Las relaciones obrero-patronales británicas, aparentemente “tradicionales” y que obtenían deferencia desde abajo, evolucionaron apaciblemente, aspecto que Bagehot observó desde 1867. Por último, Gran Bretaña (aunque, por supuesto, no así Irlanda) ha sido una de las naciones más seculares y que no ha sido aquejada por las turbulencias clericales y anticlericales que han experimentado la mayor parte de los otros países.

El advenimiento del socialismo

Durante la última parte del siglo XIX surgieron movimientos sociales que decían representar a los diversos intereses de los trabajadores, como individuos y como clase. En los países anglosajones, donde existían instituciones políticas liberales ya establecidas, tales movimientos fueron en su mayoría moderadamente “economicistas” o “mutualistas”.³ Sin embargo, en las demás naciones estas ideologías competían con otras más socialistas, en virtud de que muchos trabajadores se identificaban con un “proletariado” y se adherían a organizaciones que seguían la ideología marxista. Todos los países de la Europa continental contaban con una federación de sindicatos y un partido político socialistas, que reclutaban mayoritariamente trabajadores manuales y que tenían la convicción de que ellos eran la voz “del proletariado”, mientras que otros movimientos representaban a otras clases.

Si bien el socialismo se inició entre los artesanos, para 1900 su influencia se había extendido a tres grandes sectores económicos: minería, hierro y acero (extendiéndose hasta la metalurgia), y transporte (en especial los puertos y los ferrocarriles). También se insinuaba en el resto de la industria manufacturera, la construcción y el sector público.

³ Sobre los diferentes tipos de movimientos obreros del siglo XIX, véase, *The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914*, vol. 2 de mi libro *The Sources of Social Power*, Nueva York, Cambridge University Press, 1993, p. 514.

De construcción reciente y especializada, los principales distritos fabriles urbanos eran en su mayoría insalubres, y pocas personas de otras clases los habitaban. Ya que el tamaño promedio de las fábricas era pequeño, la mayor parte de los obreros no vivía entre sus compañeros de trabajo y, dado que el hacinamiento en los hogares era grande, pasaban mucho tiempo fuera de sus casas, en las densas comunidades vecinas. Las organizaciones locales de control (policía, juzgados, partidos políticos, escuelas, iglesias) eran nuevas y ejercían una acción impersonal y coercitiva. Por su parte, si bien la minería rara vez era urbana, el recién creado e insalubre pueblo minero estaba conformado preponderantemente por una sola clase y era más difícil de controlar. Los trabajadores del transporte eran un caso diferente; constituían un grupo “transurbano” e “interurbano”, de importancia crucial para la transmisión de mensajes entre las comunidades de la localidad. Este núcleo, a diferencia de la fuerza obrera en su conjunto, era mayoritariamente masculino. El sector de empleo del socialismo era masculino, así como también su “camaradería”, y los movimientos obreros se organizaban a partir de cuadros íntegramente masculinos.

Sin embargo, había algunas excepciones y diferencias. La industria más antigua, la textil, empleaba a un número mucho mayor de mujeres, en pequeñas fábricas asentadas en los pueblos más antiguos, con barrios habitados por diversas clases. Era frecuente que los propietarios trabajaran y vivieran entre sus trabajadores y muchos de ellos eran pequeño-burgueses o artesanos, a los cuales la acción colectiva les resultaba más difícil que a los magnates del hierro y el acero o a los del carbón. Los sindicatos textiles eran de naturaleza muy diversa: algunos eran artesanales, otros eran sindicatos generales, unos eran anarcosindicalistas y algunos otros organizaban a las trabajadoras. El pequeño sector público variaba según la naturaleza del Estado. Las monarquías autoritarias (especialmente la alemana y la austrohúngara) ofrecían empleo a los veteranos del ejército que habían servido por largo tiempo (y rara vez eran socialistas); otros estados eran liberales o seculares y sus empleados manuales (y docentes) tenían tendencias izquierdistas, hacia el socialismo, como en los casos de Francia y Escandinavia. Tampoco la industrialización era invariablemente urbana, ejemplo de lo cual son las fábricas francesas, que se hallaban esparcidas en las áreas rurales. El nivel y uniformidad de la industrialización difería de país a país.

Sin embargo, pese a tales divergencias, el socialismo dependía en todos los casos de las tres industrias clave. Este hecho no sorprendía a Lockwood, quien observó muchas de sus características en las comunidades proletarias más recientes, pero sí se apartaba de su modelo en tres aspectos. Primero, Lockwood negaba su carácter netamente masculino

(aún evidente en los años de 1960); segundo, el énfasis que hacía que los colegas de trabajo tuvieran el dominio sobre su comunidad local sería menos aplicable a principios del siglo (salvo en la minería y en los puertos); y, tercero, dichas comunidades (excepto, nuevamente, la minería) no se encontraban aisladas de la corriente de la sociedad ni tampoco eran “rincones olvidados”, dado que en ellas se encontraba el sector más moderno de la sociedad.

Pese a su modernidad, el socialismo era políticamente desviante, intermitentemente reprimido y casi siempre ignorado por el gobierno o por la política industrial, como lo pone de manifiesto el intento recurrente de la mayoría de las luchas sindicales por obtener “reconocimiento”. Así, el socialismo dependía de la densa comunidad trabajadora para lograr una solidaridad normativa que resistiera a la persecución. Sin embargo, esto también tenía fuentes de carácter macro, especialmente la hostilidad de sus oponentes, a saber, patronos, gobiernos, prensa y la mayoría de las iglesias. Era la interacción con un enemigo la que confería la clase, más que la mera comunidad o identidad. Las imágenes de los militantes sobre la sociedad también eran esencialmente cosmopolitas, modernas y evolucionarias. Tenían la convicción de que el socialismo era el futuro del mundo y que la clase enemiga era reaccionaria, feudal, retrógrada, particularista y local. Dicha convicción se reflejaba no sólo en la modernidad de sus lugares de trabajo, sino también en las complejas macrorredes de comunicación letrada, que estaban tramadas con oficiales artesanos, intelectuales cosmopolitas, trabajadores del transporte y una considerable migración nacional e internacional de trabajadores.

Estos primeros partidos y sindicatos socialistas-obreros eran diferentes de casi todas las otras organizaciones de su tiempo. Sus dirigentes no eran notables cuyas actividades se derivaran de su estatus social: casi ninguno de ellos era un funcionario asalariado; eran los únicos que buscaban integrar una asociación masiva de miembros formales, que pagaran una cotización y participaran activamente. Asimismo, en su núcleo aparecía un nuevo actor social: el “militante”, ideológicamente comprometido y quizás equiparable a los devotos de los movimientos previos de renovación religiosa. Los militantes provenían de tres principales estratos sociales: el comercio artesanal, las tres industrias clave y las profesiones inferiores, especialmente la docencia y el periodismo. Cuando la persecución fue más implacable, se retrajeron en “células” secretas, más tarde formalizadas como la estructura real de los partidos comunista y socialista de izquierda (y fascista). Asimismo, sus redes de lealtad eran regionales, nacionales y (para unos pocos) internacionales.

Los militantes poseían una fuerte conciencia de clase. Siguiendo mi esquema IOTA,⁴ en ellos se desarrolló un sentido de *identidad* proletaria; de separación de y *oposición* a la clase patronal; de *totalidad* del conflicto (dado que afectaba tanto a la comunidad como al trabajo) y de percepción del brote de una *alternativa* moderna-utópica, es decir, el socialismo. La respuesta de los militantes perseguidos (al menos de aquellos que no se perdían entre las sombras luego de capitular) consistía —como suelen hacerlo las minorías acosadas pero seguras de sí mismas— en exagerar la propia autoimagen que las autoridades estigmatizaban. Su identidad de clase tendió a absorber otras fuentes de auto-identidad, potencialmente conflictivas: el sentido de ser un hombre se volvió una “masculinidad proletaria” y la juventud de la mayoría de los primeros militantes se convirtió en la joven modernidad de la clase obrera. Y cuando aquellos militantes empezaron a envejecer, el socialismo se convirtió en el primer movimiento político que fundara organizaciones integradas exclusivamente por jóvenes, a quienes en su opinión pertenecía el futuro. Para muchos militantes el término “clase trabajadora” adquirió el carácter de una identidad total y el socialismo se volvió una forma de vida.⁵

Pero la conciencia proletaria no llegó a la mayoría de los obreros o de los trabajadores urbanos y ni siquiera a la generalidad de los obreros de las industrias clave, con la posible excepción de la minería. Ninguna industria (salvo la minera) tenía altas tasas de concentración o lugares de trabajo de grandes dimensiones; la mayoría de los obreros trabajaba, cuando mucho, junto con otros quince compañeros, incluso en Gran Bretaña y en Alemania. Por otra parte, todos los poblados, salvo unos pocos, tenían distritos mucho más antiguos y en ellos los tipos de trabajo eran más variados y dispersos. Eran barrios muy antiguos, zonas en las que predominaban las industrias artesanales, caseras y rudimentarias, que empleaban básicamente a trabajadores eventuales, mujeres y niños. En muchos distritos convivían lado a lado clases diferentes. La construcción era una industria muy importante pero dispersa, con mucha movilidad residencial, e incluso las industrias clave rara vez integraban una “masa” compacta de trabajadores. El transporte utilizaba

⁴ Mann, *Consciousness and Action among the Western Working Class*, Londres, MacMillan, 1973.

⁵ En este aspecto, el socialismo se asemeja más a ciertos movimientos sociales formativos más modernos, en los que, por ejemplo, las feministas ponen el acento en el hecho de ser “mujer” o los homosexuales en la “homosexualidad”, excluyendo a todas las otras identidades posibles (de clase, raza, edad, etcétera).

más transportistas independientes que trabajadores ferroviarios bajo contrato y, si examinamos los gremios, casi ninguno estaba “masificado”: la construcción naval se hallaba subdividida en muchas pequeñas cuadrillas, mientras que un gran número de artesanos industriales empleaban a sus propios trabajadores y, en la industria textil, minera y del acero, existían jerarquías gremiales divisorias y sistemas internos de antigüedad firmemente arraigados. Los “aristócratas obreros” habían dominado en los primeros grupos socialistas y, pese a que su influencia ahora estaba disminuyendo, mucho del núcleo organizado aún era objeto de privilegios.

Así, salvo por unos cuantos militantes, las imágenes proletarias debían competir en la conciencia de los obreros contra muchas otras imágenes, ya fueran directamente antagónicas, como la del respeto, el localismo o un pragmatismo cauto hacia el patrón; o bien las numerosas imágenes sobrepuestas de la vida cotidiana, resultantes del género, la edad, la familia, las responsabilidades, la religión, la región, etc. Los actores sociales rara vez tenían un sentido unitario de sí mismos o de la sociedad. El socialismo prevalecía apenas en unos pocos, como en una subcultura, y los militantes estaban muy conscientes de esto. Así, en sus relatos se expresan muchas quejas sobre cuán pocos eran y sobre la indiferencia de la mayoría de los trabajadores hacia todo aquello que no fueran sus preocupaciones cotidianas. Por ello, los militantes trabajaban con ahínco para incitar a la cohesión moral y física dentro de la comunidad, en contra de la posible y real formación de divisionismos.

La concurrencia de tres macro tendencias incrementó la fuerza del socialismo y sus militantes. Primero, con la segunda revolución industrial, que se había puesto en marcha desde la década de 1900, llegaron fábricas más grandes y condiciones uniformes de empleo en metalurgia, transporte, química, madera y fabricación de muebles, así como en ciertas industrias menores. La brecha entre los artesanos y los trabajadores no calificados fue salvada mediante la descalificación del artesano y la semicapacitación del jornalero. La migración proveniente de diversas regiones rurales expandió considerablemente las áreas de vivienda obrera habitadas por una sola clase y esto dio un mayor impulso a la suburbanización de la clase media, propiciada por los ferrocarriles y tranvías. A pesar de la diversidad de sus orígenes —jornaleros, aparceros, “parceleros” y campesinos—, estos migrantes se homogeneizaron como trabajadores urbano-industriales.⁶ Fue así que el proletariado urbano empezó a

⁶ Es así que Gallie halló muy poca evidencia de que los trabajadores franceses que emigraban de diferentes sistemas de tenencia de tierra o regiones tuvieran políticas

conformar una especie de *macrocomunidad*, que trascendía las interacciones directas y que se expandió hasta integrar una masa urbano-industrial compacta. Pero ésta no englobó a todos los trabajadores. Hasta la segunda guerra mundial, probablemente la mitad de los trabajadores se localizaban en los sectores de la artesanía, el trabajo eventual, los servicios, o las actividades agrarias, cuya organización era (por decir lo menos) de niveles muy variados. Para comprender todo lo que siguió debemos recordar que la “clase trabajadora proletaria” nunca extendió sus linderos para incluir, ni en mínima forma, a más de la mitad de los trabajadores europeos.

No obstante, dichas tendencias hicieron que la predicción de Marx pareciera estar haciéndose realidad. Los marxistas revolucionarios y evolucionarios pensaban que no era sino cuestión de tiempo para que la mayoría de las personas se volvieran proletarias, obligadas a salir de sus comunidades dominadas por notables que buscaban respeto, o de la miseria del subproletariado, para integrarse a la corriente socialista y fundir sus múltiples identidades en una sola. El proletariado ya no sería más una subcultura, sino el pueblo.

La segunda macrotendencia fue la creciente demanda de representación política de carácter nacional. Como lo expuse en otro trabajo,⁷ las características de las políticas nacionales ejercían un fuerte impacto sobre los movimientos obreros. Así, si a todos los trabajadores se les negaban sus derechos políticos y de asociación, esto los obligaba a unirse en una sola clase, haciendo a un lado el localismo y otras identidades antagónicas. Ésta fue una tendencia presente en la mayor parte de la Europa continental, aunque en menor grado en los países con regímenes liberales o en aquellos donde las constituciones federales determinaban la aplicación de un trato diferenciado para cada provincia. Pero también dio lugar a que los movimientos proletarios se vieran influidos por toda la gama de políticas nacionales y regionales, es decir, por los movimientos en favor de la autonomía regional y por los contrarios a ella, que apoyaban el “nacionalismo integral”; por los conflictos entre las iglesias y los religioso-seculares; por el imperialismo y el militarismo. Tales influencias políticas, ideológicas y militares sobre la fuerza de trabajo eran indudablemente de tipo macro y, también, eran de un alcance más regional y nacional que local. Asimismo, generaban diferencias internacionales mucho más agudas entre los movi-

diferentes, una vez integrados en la industria. Gallie, *Social Inequality and Class Relations in France and Britain*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

⁷ Mann, *The Sources of...*, vol. 2, caps. 17 a 19.

mientos obreros que las que provocaba la mera desigualdad del desarrollo capitalista.

Considérense, en especial, los cuatro distintos entornos religiosos prevalecientes en Europa: los países con predominio de las iglesias ortodoxas orientales, el catolicismo, el protestantismo y las naciones con una combinación católico-protestante. Como veremos más adelante, esto produjo hondas diferencias entre los movimientos obreros internacionales.

La tercera macrotendencia está representada por las demandas políticas locales formuladas por los trabajadores, que reclamaban educación para las masas, programas locales de asistencia social, condiciones para el empleo municipal, reglamentos municipales sobre salud y transporte, y reformas a los impuestos con los que éstos se financiaban. A todo lo largo del periodo de 1880 a 1939 (excepto en los años 1914-1918), el gobierno local creció en todos los países a un ritmo mucho más acelerado que el gobierno nacional, lo que hizo que los trabajadores se interesaran más por él. De esta manera, surgió el "socialismo municipal" que, si bien era de carácter local, tenía un alcance mucho mayor que los sistemas de interacción directa y sin intermediarios.

Estas luchas políticas nacionales, regionales y locales tuvieron efectos divergentes. Por una parte, acercaron más al proletariado hacia el objetivo de constituir una "clase universal" única (aunque en realidad organizada básicamente en el ámbito nacional), con la potencialidad de ser mayoritaria y menos estratificada en su interior, menos enraizada en un tipo particular de comunidad. Pero, por otra parte, las luchas también colocaron a los obreros militantes codo a codo con los reformadores no proletarios, los anticlericales, las feministas y las minorías religiosas y étnicas, también desprovistos de derechos civiles; el hecho de trabar alianzas pragmáticas con ellos podía resultar, al moderar al socialismo, altamente costoso para los conceptos proletarios sobre la política. En aquellos lugares en donde el liberalismo decayó (como en Austria, Alemania e Italia), se inició una afluencia de liberales y anticlericales desilusionados (junto con sus hijos), en su mayoría jóvenes periodistas, maestros y empleados de gobierno disidentes. Éstos pronto llegaron a representar una tercera parte de los líderes de los partidos nacionales, que fueron cruciales para la difusión de la literatura socialista. Hasta finales de la primera guerra mundial, el movimiento siguió siendo juvenil, dado que sus líderes de partidos y activistas eran una década más jóvenes que sus rivales políticos.

Hacia 1914, los sindicatos de los países más industrializados representaban cerca de una quinta parte de la fuerza laboral y una cuarta parte de los trabajadores manuales (véase cuadro 1). En el periodo de

Cuadro 1

Tasas aproximadas de densidad sindical, 1900-1980

	1914	1920	1925	1930	1935	1940	1945	1950	1960	1970	1980
Alemania	17	53	28	33	-	-	23	35	35	33	41
Austria	7	51	42	38	-	-	51	62	63	62	58
Bélgica	10	48	34	33	33	35	43	52	57	61	69
Dinamarca	23	48	36	37	42	46	50	58	63	64	80
España	3	15	14	13	30	-	-	-	-	-	-
EUA	10	17	10	9	9	16	29	28	26	26	24
Francia	8	10	8	7	24*	23	41	33	19	21	17
Gran Bretaña	23	45	30	25	25	33	39	44	44	49	53
Holanda	17	36	25	30	31	29	41	43	42	40	35
Italia	10	45	-	-	-	-	44	49	30	38	54
Noruega	10	20	14	19	28	37	37	50	64	63	63
Suecia	10	28	29	36	41	54	59	68	73	73	88

* Cifra de 1936 (la cifra de 1935 fue igual a 8%).

Densidad = porcentaje del total de la fuerza laboral que es miembro de un sindicato. Dado que no podemos dar cifras exactamente comparables para todos los países, sólo presentamos aquí aproximaciones. Las que corresponden a Francia, Italia y España son particularmente dudosas. Las cantidades para la España del periodo de entreguerras en ocasiones son el resultado de un trabajo de adivinación para el caso de los sindicatos católicos y probablemente subestiman el número de miembros anarcosindicalistas. Las cifras corresponden a los años más aproximados a las fechas indicadas. Excepto por Francia, se trata de cantidades "brutas", es decir, que entre los sindicatos se incluye a algunos pensionados que no son considerados en los datos de la fuerza laboral. Esto eleva ligeramente las tasas de densidad, especialmente las más recientes. En los casos de los que disponemos de cifras "netas", que excluyen a los pensionados, las tasas de densidad para 1980 son entre 5 y 10% inferiores, mientras que las del periodo de entreguerras son hasta 5% inferiores.

Fuentes: J. Visser, *European Trade Unions in Figures*, Amsterdam, Kluwer, 1989; complementado con G. Bain y R. Price, *Profiles of Union Growth*, Oxford, Blackwell, 1980; A. Kjellberg, *Facklig Organisering i Tolv Länder*, Lund, Arkiv Förlag, 1983. Para Francia, A. Kiegel, *La croissance de la CGT, 1918-1921: essai statistique*, París, Mouton, 1966. Para España, A. Carmona, *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936)*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 303-321; J. Guinea, *Los movimientos obreros y sindicales en España: de 1833 a 1978*, Madrid, Ibérico Europea de Ediciones, 1978, p. 967; y Kelsey, *Anarchosyndicalism. Libertarian Communism and State*, Amsterdam, Kluwer, 1991.

entre guerras, las personas catalogadas en los censos como trabajadores manuales no calificados, semicalificados y calificados (incluida la agricultura) sumaban por lo general un poco más de 50% de la fuerza laboral, si bien tal vez tendríamos que añadir a un 5% registrado como dedicados a ocupaciones de servicio o artesanales o bien como artesanos, y quizás otro 5% integrado por parceleros pobres, obligados a trabajar adicionalmente las tierras de otros para poder cubrir sus gastos básicos.⁸

⁸ Przeworski y Sprague calculan que el tamaño de la clase trabajadora europea representaba menos de 40% de la población, pero esta cifra excluye a muchos trabajadores

El voto socialista, al requerir menos compromiso de los recursos personales era superior, y llegó a representar hasta una tercera parte cuando el sufragio fue íntegramente masculino (véase cuadro 2). Los partidos socialistas estaban ahora capturando mayorías en muchos barrios urbano-industriales.

Cuadro 2

Voto laborista, socialista y comunista
en las elecciones nacionales, 1900-1960
(porcentajes)

	1914	1920	1925	1930	1935	1940	1945	1950	1960
Austria	25	37	41	42	—	—	50	44	48
Bélgica	30	37	41	38	38	36	45	40	40
Gran Bretaña	7*	21	34	37	38	—	49	46	44
Dinamarca	30	33	37	41	48	45	45	44	49
Francia	17	23	—	29	35	—	50	41	40
Alemania	35	42	35	38	—	—	—	35	36
Holanda	19	25	25	26	26	—	39	35	35
Italia	23	34	—	—	—	—	40	38	42
Noruega	32	31	33	33	43	—	53	52	52
España	—	—	—	—	19	—	—	—	—
Suecia	36	43	46	43	53	58	57	52	53
EUA	6	4	—	—	—	—	—	—	—

* Sufragio restringido a hombres.

Fuente: McKie, T. y R. Rose, *The International Almanac of Electoral History*, Nueva York, Free Press, 1974.

Pero el socialismo no se presentaba como un paquete homogéneo. Su ideología seguía siendo confusa y su declaración de que constituía una “alternativa” era particularmente cuestionada. Entre los partidos, el SPD alemán, el SPÖ austriaco y el PSOE español estaban formalmente comprometidos con el marxismo evolucionario, mientras que el resto

de los sectores del servicio, así como a personas que trabajaban en sus casas y sin receptores de ingresos. A. Przeworski y J. Sprague, *Paper Stones: A History of Electoral Socialism*, Chicago, University of Chicago Press, 1986, pp. 34-36 y 196-199. Por su parte, los estudiosos del fascismo han debatido largamente el número de trabajadores manuales que había en la Alemania de Weimar y sus cálculos indican que sumaban alrededor de 55%, excluyendo a los “parceleros”. Véase D. Mühlberger, *Hitler's Followers*, Londres, Routledge, 1991, y M. Kater, *The Nazi Party*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1983.

de los partidos seguían en su mayoría socialismos un tanto nebulosos o más cuestionados y el Partido Laborista Británico apenas si contenía algún elemento socialista. Por otra parte, la estructura del movimiento en términos de “identidad” proletaria también difería de uno a otro partido. En este sentido, el Partido Laborista era el que tal vez podría ocupar el primer lugar de la lista dado que, de sus 26 miembros del Parlamento elegidos en 1906, *todos* eran antiguos trabajadores y en su propaganda el tema que se enfatizaba, por sobre cualquier otro punto, era que los trabajadores tenían la capacidad para gobernar el país. En efecto, a todo lo largo del periodo de entreguerras siguió habiendo entre sus miembros en el Parlamento un mayor número de individuos de origen obrero que entre los diputados socialistas de todos los otros países. Y aun cuando nuestras evidencias son escasas a este respecto, al parecer la mayor parte de los sindicalizados y los electores socialistas de todos los países no eran particularmente seguidores del movimiento. Sus imágenes de clase vacilaban confusamente entre muchas otras autoidentidades y creencias.

Por su parte, los militantes también se debatían visiblemente entre ideologías antagónicas —“mutualista”, “economicista”, “reformista” y “revolucionaria” (marxista y aun anarcosindicalista)—, siendo los movimientos obreros surgidos antes de la guerra los que presentaban una postura particularmente ambigua en lo relativo al Estado. Si bien el objetivo común era ganar derechos políticos y sindicales y algunos movimientos proclamaban la toma del Estado para iniciar la revolución, lo que no quedaba muy claro era qué sucedería después de haber conquistado el derecho al voto, el reconocimiento o la revolución. Incluso unos cuantos consideraban al propio Estado como el conductor y sustento de un proyecto moral, de ahí que floreciera un segundo tipo de movimiento proletario.

Las alternativas anarcosindicalistas

En tanto que los sindicalistas profesaban que el capitalismo y el Estado se derrumbarían si eran repetidamente atacados por huelgas masivas, los anarquistas creían que una serie de ataques violentos contra el Estado dejaría ver que éste no era capaz de protegerse adecuadamente a sí mismo, mucho menos a la sociedad. Ambos movimientos conferían un alto valor a la existencia de un sólido comunitarismo local. Los “anarcosindicalistas” combinaban los tres elementos, al propugnar la realización de huelgas generales violentas que se esparcieran de comunidad en comunidad, seguidas de una revolución y la subsecuente utopía sin po-

lítica nacional. Salvo por el caso de los anarquistas puristas (muchos de los cuales no eran trabajadores), se trataba de movimientos proletarios cuyo alcance podría llegar a ser más amplio que el de los socialistas, dado que para ellos el número de participantes y la acción de masas colectiva eran factores sumamente importantes. El anarcosindicalismo estaba más preocupado que el socialismo por romper los divisionismos resultantes de la especialización, el tipo de industria y el género, como lo demuestran los casos de los *Wobblies* estadounidenses, la CNT española (en menor grado) y la CGT francesa. El movimiento se difundió particularmente entre los sectores que eran más fluidos y menos institucionalizados, como los de la construcción y la silvicultura,⁹ así como entre los migrantes recientes y ciertas industrias descentralizadas que contrataban un mayor número de mujeres, como la de los textiles catalanes. Pero su principal área de reclutamiento fue la agricultura.

Lockwood y otros autores que han contribuido al debate en torno a las imágenes de los trabajadores, ocupándose mucho de la Gran Bretaña de las décadas de los sesenta y setenta, catalogaron a los trabajadores agrícolas como esencialmente “deferentes”. Sin embargo, Newby encontró que si bien alrededor de 15% de su muestra de trabajadores agrícolas de Suffolk mostraba genuinas actitudes deferentes, eran muchos más los que aparentaban esa actitud deferente por razones pragmáticas (resultado de su impotencia).¹⁰ Esto se explica, según Newby, porque en la actividad agrícola británica la mayoría de las granjas eran administradas por los propios dueños, que contrataban un reducido número de trabajadores a los cuales tenían sumamente controlados. Las grandes haciendas agrícolas, en las que había un mayor distanciamiento entre la pequeña nobleza y los trabajadores, habían tendido a desaparecer en los albores de la primera guerra mundial. Mientras que los latifundios, esas inmesas fincas que utilizaban mano de obra intensiva y cuyos propietarios nunca hacían acto de presencia, prácticamente no existieron en la Gran Bretaña del siglo XIX; lo mismo que la aparcería, contrariamente al caso de una gran parte de la Europa meridional y oriental, en donde éstos han predominado. Por otra parte, las pequeñas granjas británicas prosperaron más que sus equivalentes continentales, con un grado mucho menor de endeudamiento crónico. Fueron así los latifundios, la aparcería y las deudas los que dieron origen a los movimientos proletarios y, en especial, al anarcosindicalismo.

⁹ Lockwood apoya a Kerr y Siegel en cuanto a afirmar la existencia de imágenes proletarias de la sociedad entre estas “masas aisladas” de trabajadores, pero muchas de sus luchas de clase se originaron a partir del anarcosindicalismo, más que del socialismo.

¹⁰ H. Newby, *The Deferential Worker*, Londres, Alien Lane, 1977.

El caso de las provincias españolas meridionales de Andalucía y Extremadura nos muestra la expresión extrema de un proletariado sin tierras, que trabajaba en latifundios cuyos propietarios vivían en su mayoría de sus rentas, en poblaciones situadas a cierta distancia. Los jornaleros eran “los dueños” de los poblados, salvo por la presencia de los agentes de los terratenientes y los representantes no locales de un Estado distante. Cuando las comunicaciones y la migración de trabajadores aceleró la difusión de los mensajes proletarios, el anarcosindicalismo se extendió desde Cataluña hasta el sur del país. Ambas regiones también mostraban hostilidad al Estado castellano, a la vez que los jornaleros desposeídos —y, en otras áreas, los campesinos endeudados— anhelaban ejercer plenamente los poderes colectivos locales que sabían ya poseían. En las violentas insurrecciones de clase de Andalucía, en el comportamiento de deliberado abstencionismo electoral que se dio durante el periodo de entreguerras, en la ferocidad de su resistencia en los inicios de la guerra civil (hasta que fueron avasallados por el ejército africano profesional de Franco) e incluso en su actual voto masivo por los socialistas, resulta difícil descubrir una actitud de deferencia rural en esta región. Desde su corazón andaluz y catalán, el anarcosindicalismo se difundió después hacia otras regiones del país.¹¹

Es difícil cuantificar el número de miembros, dado que el movimiento despreciaba la burocracia y llevaba pocos registros, pero en España éste superó al de los socialistas desde 1914 hasta casi 1930. Hacia 1934 cada uno contaba probablemente con cerca de 1.2 millones de afiliados, lo que significa que cada uno representaba poco menos de 15% de la fuerza laboral. El anarcosindicalismo floreció en gran parte del sur de Europa en el periodo anterior a la primera guerra mundial, pero después decayó.

Sin embargo, al carecer de un sólido canon doctrinario, el anarcosindicalismo se empalmaba con otros grupos más jóvenes que pertenecían al socialismo de izquierda y al que se calificaba como “insurreccionista” o “maximalista”. Incluso después de su ocaso formal, muchas de sus ideas sobrevivieron en algunos grupos (especialmente rurales), que

¹¹ Mis principales fuentes sobre el anarcosindicalismo español son: A. Bar, *La CNT en los años rojos*, Madrid, Akal, 1981; R. Fraser, *Blood of Spain*, Londres, Pimlico, 1994 (2a ed.); E. Malfakis, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain*, New Haven, Yale University Press, 1970; G. Kelsey, *Anarchosyndicalism, Libertarian Communism and the State*, Amsterdam, Kluwer, 1991; J. Peirats, *La CNT en la revolución española*, París, Ediciones CNT, 1971 (2a. ed.); J. Mintz, *The Anarchists of Casas Viejas*, Chicago, University of Chicago Press, 1982; y J. Brademas, *Anarcosindicalismo y revolución en España*, Barcelona, Ariel, 1974.

supuestamente seguían ideologías diferentes. Los proletarios agrarios y los campesinos propietarios endeudados que tenían el control de sus comunidades siguieron manifestando un “insurreccionismo” que era difícil controlar y que de un momento a otro cambiaba de ideología. En la España de los años treinta, el reciente sindicato agrario socialista, el FNTT, tomó el relevo de la CNT al organizar ocupaciones de tierras, insurrecciones y supuestas huelgas “generales”. Por su parte, los socialistas “maximalistas” italianos ocuparon gran parte de las tierras agrícolas del Valle del Po durante la primera guerra mundial, pero muchos de sus seguidores se volvieron después hacia el fascismo. En la Europa sudoriental fueron los partidos populistas los que organizaron primero el insurreccionismo, si bien éste se volvió fascista en Rumania, en los últimos años de la década de los treinta.¹² No obstante, estos cambios de ideología aún no han sido suficientemente estudiados, dado que no se apegan a las clasificaciones políticas convencionales.

El insurreccionismo se articulaba en tres estratos de organización. En primer lugar, la población del campo se nutría de una versión rural de la comunidad proletaria de Lockwood, es decir, poblados y lugares de trabajo integrados por una sola clase, que los hacía muy compactos y fuertemente vinculados. Al existir un menor distanciamiento entre el trabajo, la familia y la comunidad que en el empleo industrial, se trataba aquí de un movimiento que lograba movilizar más a la comunidad, con la participación de familias enteras y de hombres y mujeres de todas las edades. Esto le daba un mayor grado de cohesión moral, arrojo y violencia que la que por lo general producía la sola camaradería masculina de los obreros industriales. Así, cuando la policía o los paramilitares actuaban con brutalidad, los aldeanos podían llegar a mostrar mayores grados de crueldad moral y violencia temeraria. Un caso que ilustra esto es cuando, en 1931, los aldeanos de Castilblanco, tras ser atacados con ametralladoras por la Guardia Civil, se lanzaron contra la escolta, armados de palas y machetes, mataron a cuatro de ellos, les cortaron la cabeza y les sacaron los ojos, después de lo cual las mujeres bailaron alrededor de sus restos.¹³

¹² W. Brustein, “The ‘Red Menace’ and the Rise of Italian Fascism”, *American Sociological Review*, vol. 56, 1991; A. Heinen, *Die Legion “Erzengel Michael” in Rumänien. Soziale Bewegung und Politische Organisation*, Munich, Oldenbourg, 1986; y F. Veiga, *La mística del ultranacionalismo*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 1989.

¹³ Malefakis ofrece un breve relato de este hecho en inglés, *op. cit.*, pp. 310 y 311. Castilblanco pertenecía a la FNTT. Una exposición más detallada sobre un poblado de la CNT se encuentra en Mintz (*op. cit.*), quien relata el caso de un pueblo que se hizo famoso por la salvaje represión contra su intento insurreccionista de 1932. Al igual que en otros

En segundo lugar, había un claro liderazgo regional-nacional, lo que añadía dos grupos más a la combinación socialista habitual de obreros calificados, periodistas y maestros, a saber, por una parte, hombres y mujeres idealistas y muy jóvenes, con frecuencia de clase media y, por la otra, ex trabajadores que habían viajado mucho más y que traían consigo historias coloridas y violentas sobre las luchas de clase, los cuales se consideraban a sí mismos adversarios mundiales del rezago y la explotación, y que entrenaban a los lugareños en lo que los militantes españoles denominaban la “gimnasia” de la revolución. Éstos también trajeron proyectos modernizadores (alfabetización en España; proyectos de desarrollo rural en Rumania) y nuevas ideologías que, según decían, se estaban difundiendo por todo el mundo. Cuando eran aceptados por los habitantes locales, se convertían en los generadores de la próxima gran insurrección.

En tercer lugar, se estaba dando un “contagio” en los ámbitos distrital o regional, propiciado por la semejanza en las condiciones de los diversos poblados, por las redes locales de comercialización y comunicaciones y por la comunión de dialectos regionales. Si una aldea se alzaba, lo más frecuente era que a ella siguiera otra en el pueblo vecino y en el siguiente, cuando menos hasta que llegaban las tropas.

Si bien este tipo de organización se oponía al segundo, ambos compartían un optimismo extremo respecto de la revolución venidera —de tipo ideológico, en el caso de los líderes—, que se basaría en el poder real de los aldeanos sobre su localidad. Como en el caso del socialismo, existían fuentes regionales y nacionales de acción proletaria, así como locales, laborales y comunitarias.

El efecto de la primera guerra mundial sobre los movimientos obreros

El surgimiento del socialismo y del anarcosindicalismo ocurrió apenas un poco antes del inicio de la primera guerra mundial. En la ola de huelgas internacionales de 1910-1912 apareció una nueva generación de jóvenes y agresivos militantes y, de manera simultánea, emergió un nuevo ultraizquierdismo (como una pequeña minoría) en las cada día más numerosas escuelas y universidades. Diversos sindicalistas, “maximalistas”, “espontaneístas”, “bolcheviques” y antimilitaristas se disputa-

levantamientos anarcosindicalistas, los aldeanos muertos y heridos fueron de ambos sexos y de todas las edades.

ban las antiguas ortodoxias mutualistas y evolucionarias. La primera guerra mundial apagó sus ímpetus, pero esto no sucedió sino hasta que la guerra o el temor de ser derrotados empezaron a volverse una amenaza real.

En las naciones beligerantes (y en las economías que, no estando en lucha, podían exportar) la guerra dio un impulso a la industrialización regulada por el Estado. El racionamiento por parte del gobierno tuvo un impacto sobre los combatientes y los países nórdicos que estaban bloqueados. El Estado empezó a regular cada vez más las condiciones laborales, los salarios, los convenios colectivos, los precios y los niveles de vida, en los que con frecuencia participaban sindicatos o dirigentes de los partidos socialistas (aunque no anarcosindicalistas), y los desplazamientos posteriores a la guerra así como la rápida desmovilización hicieron que continuaran las demandas para que el gobierno actuara.

Mientras que el anarcosindicalismo empezó a declinar, debido tal vez a que el Estado era menos accesible (si bien la caída del movimiento se inició antes en Francia y fue retardado en la España neutral), el socialismo se fue politizando más como resultado de la participación de sus militantes en la regulación estatal. Entre 1917 y 1918, derrotados en la batalla de movilización de masas, varios regímenes se desintegraron y fue entonces cuando "la revolución" se vio como posible. Incluso en las potencias victoriosas y en las neutrales, las inflamadas expectativas de las masas incrementaron la cantidad de huelgas y el número de sindicatos y partidos socialistas.¹⁴

El cuadro 1 muestra que, en 1920, el número de sindicalizados llegó a representar cerca de la mitad de la fuerza laboral en Austria, Bélgica, Gran Bretaña, Dinamarca, Alemania e Italia, en medio de huelgas masivas, una gran hostilidad patronal y un creciente voto socialista. No tenemos una idea precisa de cuál era el número de proletarios comprometidos que participaban. Dado que el total de la "membresía" de los sindicatos franceses estaba en gran medida integrado por los propios militantes, aquéllos tal vez representaban 5% de la fuerza laboral, cifra cercana al porcentaje de miembros del partido socialista en Alemania,

¹⁴ Los diferentes resultados que cada nación obtuvo respecto de las relaciones de clase se debieron en mucho a las diversas experiencias que vivieron durante la guerra, pero esto es demasiado complejo para exponerlo de manera sucinta. "Derrota", "victoria" o "neutralidad" son términos que podían tener muy diversos significados. Por ejemplo, "victoria" podía significar desde una prominencia discreta, como en Estados Unidos, hasta los enormes desplazamientos que vivió Rumania al duplicarse su territorio, mientras que la "neutralidad" acarreó el desastre económico a Suecia y, por el contrario, el auge a España.

Austria y Escandinavia (en los demás países eran menos). Entre 60 y 80% de los afiliados socialistas eran trabajadores manuales o familiares de éstos; la mayoría de los países aún tenían un número ligeramente superior de trabajadores calificados que de no calificados como miembros; entre 75 y 90% eran hombres y la mayoría de las mujeres, esposas de éstos, es decir, el socialismo y la dirigencia sindical seguían siendo masculinos e incluso las mujeres socialistas activas solían ser más bien prominentes mujeres liberales del momento y no tanto “feministas” declaradas.¹⁵

La gama de alternativas socialistas se redujo. Una sola división “revolucionario-reformista” polarizó a casi todos los movimientos y en *ambos* lados se veía al Estado como el sustento de su proyecto moral. Así, el ámbito nacional empezaba a monopolizar los horizontes socialistas en el momento preciso en que apareció la “Comintern”. La oleada de la posguerra produjo fuertes insurrecciones, pero también trajo consigo los primeros grandes logros de los reformistas, a saber, programas de bienestar social, instituciones para el manejo de las relaciones laborales y los impuestos progresivos en las repúblicas de Austria y Alemania.

La crisis del liberalismo y del conservadurismo

¿Cómo reaccionaron los liberales y los conservadores ante esa amenaza? El sufragio de masas no puso en peligro de manera inmediata al antiguo orden. En las principales ciudades, las variantes nacionales de la “democracia Tory” no podían competir entre los trabajadores —cuando menos en igualdad de condiciones— contra los liberales y los socialistas, a la vez que el abstencionismo electoral en los sectores obreros fue muy elevado hasta después de la primera guerra. En los otros lugares, los votantes obedecían al “magnate del condado”, es decir, a los *notables*, *Honoratioren* y *caciques* que controlaban la mayoría de las áreas provinciales¹⁶ y quienes ahora arreglaban los procesos electorales. En aquellos casos en los que se cuenta con información, observa-

¹⁵ Véanse las fuentes citadas más adelante sobre los partidos socialistas y comunistas. Por supuesto, el sindicalismo de las masas, y especialmente el anarcosindicalismo, con frecuencia perseguían activamente los intereses de las mujeres. Sobre el papel de la mujer en los partidos de Weimar, véase H. Boak, “Women in Weimar Politics”, *European History Quarterly*, vol. 20, 1980.

¹⁶ G. Eley, *Reshaping the German Right*, New Haven, Yale University Press, 1980; y J. Tusell, *Oligarquía y caciquismo en Andalucía (1890-1923)*, Barcelona, Editorial Planeta, 1976.

mos que casi la mitad de los activistas provenían de las familias locales más adineradas (en más de un país, la mitad de ellos poseían títulos nobiliarios) y éstos financiaban a los partidos y presidían sus plataformas. La mayor parte del trabajo de organización lo realizaba la otra mitad, integrada en su mayoría por abogados. Con frecuencia los electores vendían su voto por alcohol, efectivo o la promesa de un apoyo económico, pero era más usual que simplemente se doblegaran, de manera casi pasiva, con el convencimiento de que los notables siempre habían tenido el control y que nada podría cambiar; ése era el orden natural de las cosas.

La deferencia estaba localmente arraigada y era interaccional, como lo destacan Lockwood y Newby, pero también era resultado de la organización a nivel macro de las clases, es decir, de la solidaridad regional y nacional entre los notables y de su capacidad para controlar las organizaciones de poder regionales y nacionales, tales como el poder judicial, el ejército, la educación y los medios de comunicación. Sin embargo, a partir de 1900 los medios de control locales y macro se empezaron a resquebrajar. Los primeros habían sido debilitados por la industrialización, la comercialización agrícola y la expansión del Estado, animadas por las redes de comunicación nacionales y regionales (ferrocarriles, carreteras, escuelas y medios masivos de comunicación). Ya he mencionado que las causas más directas de amenaza eran el socialismo y el anarcosindicalismo, pero también la comercialización agrícola generó políticas rurales independientes, que aunque rara vez eran proletarias o deferentes, perseguían intereses económicos pragmáticos y locales.

Los notables tenían tres tipos de macroorganización. En primer lugar, las facciones de notables estaban conectadas a las organizaciones políticas nacionales que se identificaban como “liberales” y “conservadoras”. Dado que éstas con frecuencia tenían diversas raíces regionales, muchas localidades, en especial las rurales, seguían siendo esencialmente “unipartidistas” y en ellas la combinación deferencia-pasividad, más que la ideología, era lo que aseguraba el voto. Esto ocurría en menor grado en el “noroeste”, es decir, en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Escandinavia, pues ahí los partidos empezaron a ofrecer verdaderos programas electorales, con comicios más reñidos y una mayor participación, lo que debilitó las redes de deferencia desde el interior. Las facciones se volvieron más ideológicas y la posibilidad de elegir indujo al pragmatismo por parte de los dirigentes y los electores.

El segundo y tercer tipos de organización de notables se articulaban en los poderes ejecutivos, ajenos al sistema de partidos. Uno se basaba en una monarquía fuerte que dominaba al parlamento —como en los

casos de Alemania y el imperio austrohúngaro—, mientras que el otro descansaba en el ejecutivo del Estado, que arreglaba “pactos” entre partidos, como *el turno* español¹⁷ y el *trasformismo* en Italia.¹⁸ Ninguno de estos dos tipos de organización alentaba a los partidos a desarrollar ideologías o programas electorales, pues lo importante era que la persona se colocara en el lugar indicado para poder obtener el apoyo del Ejecutivo. Pero, dado que estos tipos de organización trabajaban en paralelo con las redes locales de deferencia, existía el peligro de que si aquellos mecanismos centrales se venían abajo, los patrones locales se vieran incapacitados para ofrecer beneficios políticos a sus clientes y, en consecuencia, la deferencia misma resultara afectada.

Dicho colapso nacional ocurrió a principios del siglo xx. Primero llegaron las ideologías modernizadoras, especialmente en los países más rezagados. Los intelectuales, los servidores públicos y los estudiantes empezaron a demandar un cambio basado más en principios, mismo que los notables no podían llevar a cabo. Los monarquistas de derecha, los católicos nacionalistas y sociales, así como los republicanos, liberales y populistas de izquierda erosionaron la política de los notables, desde el interior mismo, pues ellos consideraban que los pactos entre las facciones de notables y el Ejecutivo eran “contrarios a todo principio” y “corruptos”. Las facciones de los partidos burgueses hicieron florecer ideologías y programas electorales y, más adelante, la primera guerra mundial hizo caer las monarquías autoritarias, sacudió a los antiguos regímenes de todos los países beligerantes e intensificó el conflicto en torno a los principios (entre intervencionistas y neutrales) en Italia, Portugal y España (también dividida por los desastres coloniales).¹⁹

Hacia 1918, las redes de notables y de deferencia, así como el liberalismo y el conservadurismo en general, se tambaleaban. Por supuesto, aún seguían existiendo muchas regiones rezagadas. Casi a todo lo largo

¹⁷ Como su nombre lo sugiere, este sistema permitía que las dos facciones políticas principales, los conservadores y los liberales, gobernaran sucesivamente. Como resultado de un pacto entre los dos partidos, cuando el ministro del interior informaba a los *caciques* —los jefes notables de cada localidad— que deseaba que el partido gobernante perdiera las próximas elecciones, éstos transferían el apoyo local a su rival y así se obtenía el resultado deseado. *El turno* perduró desde la década de 1880 hasta 1923. Véase Tusell, *op. cit.*

¹⁸ Sistema en el cual el primer ministro básicamente compraba a los grupos ideológicos y de partidos regionales para su gobierno, otorgándoles ministerios (y, por ende, apoyo económico). Este sistema, por supuesto, resultaba sumamente incierto, ya que los rivales del primer ministro podían presentar contraofertas de coaliciones.

¹⁹ Sobre el caso de España, véase M. Hernández, *Ciudadanía y acción: el conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, Siglo XXI, 1970; y Tusell, *op. cit.*

del siglo XIX, un gran número de comunidades siguieron mostrando un comportamiento público (incluido el voto) que obedecía al mandato de los terratenientes, sacerdotes y notables. Pero esto empezaba a resultar insuficiente, pues el número de comunidades deferentes era cada día más reducido que el de las proletarias. Las élites se vieron entonces en la necesidad de responder con movimientos propios, menos particularistas y locales. Si bien la deferencia era susceptible de ser cultivada, se requería para ello de nuevos métodos locales y nacionales.

Los tres contraataques conservadores

El liberalismo de los notables empezaba a declinar, pero no así el conservadurismo, que renació al lograr conformar una base de masas. La recomposición de la política de la élite conservadora ha sido detalladamente descrita por Maier,²⁰ pero este autor no aborda lo relativo a sus bases sociales, como tampoco lo hacen los estudios de los movimientos socialistas, en los cuales se ha prestado escasa atención a las actividades de sus oponentes. Tal es el caso de Przeworski y Sprague, quienes en su exposición sobre los dilemas y estrategias del socialismo electoral no hacen una sola referencia a los conservadores. Según parece, a estos autores no les pasó por la mente la idea de que el “estancamiento” del apoyo a los socialistas, sobre el cual basan todas sus teorías de la “acción racional”, pudo haber estado relacionado con las estrategias de los conservadores.

En ese momento se pusieron en marcha tres nuevos proyectos conservadores para la organización de las masas, articulados en la religión, el nacionalismo y un recurso de legitimación más pragmático y tecnocrático por parte de los notables, a saber, el concepto de que las élites, especialmente las económicas, tenían una mayor capacidad *técnica* (más que *social*, término demasiado amplio) para administrar la economía y políticas modernas y para poder brindar beneficios a todo el mundo. El espectro de respuestas de las masas que esto generó incluía desde la “deferencia” hasta la insinuación pragmática de la imagen “privatizada” de la sociedad. También abarcaba esa gama de voto Tory por parte de la clase obrera que engloban los términos “deferentes” y “seculares” de McKenzie y Silver, pero contenía, asimismo, otras imágenes, especialmente religiosas y nacionalistas (que dichos autores intentan

²⁰ C. Maier, *Recasting Bourgeois Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1965.

hacer entrar a la fuerza en sus dos categorías primarias, sin lograrlo). A continuación describiré sus “electorados nucleares”, que comprendían a muchos trabajadores.

La religión desempeñó un papel político crucial en Europa a lo largo del siglo XIX, pero más tarde perdió fuerza en las naciones protestantes del noroeste, es decir, en Gran Bretaña (excluyendo a Irlanda) y los países nórdicos, en las que los preceptos religiosos con frecuencia seguían marcando una diferenciación entre conservadores y liberales. Asimismo, en ciertos casos, como en los de Noruega e Irlanda del Norte, también establecía diferencias entre los diversos particularismos regionales. Pero una vez que los movimientos obreros noroccidentales se emanciparon de los liberales, a principios del siglo XX, éstos se volvieron preponderantemente seculares —“agnósticos” sería un mejor término—, pues, comparados con sus camaradas ateos continentales, parecían ser indiferentes a todo asunto religioso. Los conservadores y liberales británicos aún buscaban y obtenían un poco más de apoyo por parte, respectivamente, de los anglicanos y los no conformistas de todas las clases, pero el Partido Laborista ignoraba por completo la influencia de la religión. Es por ello por lo que las correlaciones entre el voto y el culto religioso o la asistencia a una iglesia siguieron siendo bajas en Gran Bretaña después de la primera guerra mundial.²¹ Más adelante mencionaré las cifras correspondientes al periodo posterior a 1945. Sin embargo, esto no ocurría así en *ningún* otro país europeo. En efecto, Europa vivió un importante renacer político-religioso durante los primeros años del siglo XX.

La encíclica *Rerum Novarum* (1891) permitió el florecimiento del “catolicismo social”, al que le siguieron los sindicatos y partidos políticos católicos.²² Se planeó una operación de alcance continental, la mitad por los jerarcas eclesiásticos y la otra por los sacerdotes y legos con conciencia social. Pero ambos plantearon al catolicismo social motivaciones contradictorias: ¿se hacía para impedir que el socialismo contro-

²¹ I. McLean, *The Legend of Red Clydeside*, Edimburgo, John Donald, 1983; y W. Miller, *Electoral Dynamics in Britain Since 1918*, Londres, MacMillan, 1977.

²² Sobre el movimiento en general, véanse J. M. Mayeur, *Des partis catholiques à la démocratie chrétienne*, París, Colin, 1980; y H. McLeod, *Religion and the People of Western Europe, 1789-1970*, Oxford, Oxford University Press, 1981. Para el caso de España, véanse F. Lannon, *Privilegio, persecución y profecía: la iglesia católica en España, 1875-1975*, Madrid, Alianza, 1987; Tusell, *op. cit.*, y C. Winston, *Workers and the Right in Spain, 1900-1936*, Princeton, Princeton University Press, 1985. Sobre Alemania, véase R. Evans, “Religion and Society in Modern Germany” en su libro *Rethinking German History*, Londres, Unwin Hyman, 1987.

lara a las masas, o para promover reformas redistributivas en favor de los obreros y los campesinos pobres? Los jefes por lo general tenían el suficiente control sobre el sindicalismo formal y las organizaciones partidistas para hacer que éstas se inclinaran hacia el conservadurismo cristiano, mientras que, en el ámbito local, los sacerdotes obreros y los legos radicales despertaban en muchos trabajadores y campesinos la esperanza de una "tercera vía" entre el capital y las masas laborales.

A los sindicatos católicos les resultaba difícil competir contra los sindicatos socialistas atrincherados en las zonas urbano industriales. Sin embargo, sí tenían éxito en los pequeños poblados y en el campo, así como entre los trabajadores que consideraban que un conflicto moderado con los patrones podría conducir a una mayor armonía entre las clases, que la que los socialistas aparentemente podían proveer. Durante la década de los veinte, cuando los sindicatos reclutaron entre 20 y 40% de la fuerza laboral, los sindicatos católicos y los "amarillos" asociados representaban entre una décima y una cuarta parte del total en España, Italia, Austria, Bélgica, Francia y las áreas católicas de Alemania, Suiza y los Países Bajos. Por su parte, si bien Estados Unidos carecía de sindicatos católicos independientes, los grupos conservadores y católicos de presión realizaban una dinámica acción en la AFL y el CIO.

Más éxito tenían las asociaciones católicas agrarias, que ayudaban a los pequeños y medianos agricultores por medio de créditos bancarios y esquemas cooperativos para la compra de maquinaria y la comercialización de las cosechas, así como patrocinando clubes sociales en los poblados. Aun cuando sus programas de asistencia material por lo general no llegaban a los jornaleros desposeídos (o a los parceleros más pobres), éstos sí solían ser incluidos en los programas sociales. Las asociaciones agrarias fueron importantes en Francia, el sur de Alemania, Austria y en una gran parte del norte y centro de España.²³ Así, los concretos intereses económicos locales eran organizados e interpretados por los notables, es decir, terratenientes, profesionales, sacerdotes y dirigentes legos de la iglesia, quienes tenían una ideología conservadora y manejaban imágenes de la sociedad deferentes y calculadoras. Las

²³ Sobre el caso de Francia, véase G. Garrier, *Paysans du Beaujolais et du Lyonnais, 1800-1970*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1973, vol. 1, pp. 518-522. Para el sur de Alemania, D. Blackbourne, "Peasants and Politics in Germany, 1871-1914", *European History Quarterly*, vol. 14, 1984; así como I. Farr, "Populism in the Countryside: The Peasant Leagues in Bavaria in the 1890s", en R. Evans (comp.), *Society and Politics in Wilhelmine Germany*, Londres, Croom Helm, 1978. Sobre España, véase, J. J. Castillo, *Proprietarios muy pobres: sobre la subordinación política del pequeño campesino*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1979.

Popolari, ligas agrarias italianas de efímera vida (1920 a 1922), eran una versión menos deferente y más proletaria, dirigidas por los propios campesinos y por sacerdotes radicales, que en ocasiones llegaron incluso a apoderarse de tierras para redistribuirlas.

Los partidos políticos católicos tuvieron mucho éxito. El Partido Centralista Alemán fue el primero de ellos, fundado a finales de la década de 1870. Junto con su partido hermano bávaro, el BVP, recogió la mayoría de los votos católicos durante el periodo de Weimar. La tradición continuó después de 1945, en una versión modificada, luego de que los demócrata cristianos extendieron su llamado a los protestantes, utilizando, en parte, un argumento clasista, pero también apelando a la religiosidad generalizada. Los cristianos sociales de Austria, que también surgieron mucho tiempo antes de la primera guerra mundial, llegaron a ser el partido único más grande en la República del periodo de entreguerras y siguieron siendo uno de los dos partidos más grandes en Austria después de 1945. Por su parte, los *Popolari* italianos habían sido creados sobre las bases de agrupaciones católicas más pequeñas anteriores a la guerra y tuvieron un auge espectacular en 1920, antes de ser sepultados dos años más tarde bajo el peso de Mussolini. Los demócrata cristianos gobernaron Italia durante casi cincuenta años, después de 1945. Por su parte, dado que la iglesia española era profundamente reaccionaria, únicamente pudo producir un tardío y conservador catolicismo social. Después de 1931, la CEDA, partido católico autoritario, dominaba la derecha política y desempeñó un papel muy importante en la erosión de la República. Con una base de masas entre el campesinado, los dirigentes de la CEDA eran notables influidos por ideologías católicas, monárquicas y fascistas modernizadoras.²⁴ En virtud de que la iglesia siguió siendo un pilar del régimen franquista hasta el Segundo Concilio Vaticano, ésta no pudo patrocinar a un partido político luego de que el régimen de Franco se vino abajo (aun cuando se dice que los vínculos informales católicos y del Opus Dei con el actual Partido Popular, el partido conservador, son muy fuertes). De hecho, de entre todas las principales zonas católicas, Francia, por tener un régimen constitucional más antiguo, fue el único país que no conformó un partido de masas, explícitamente católico, si bien la iglesia siempre brindó un respaldo no oficial a la derecha francesa.

Un ejemplo del efecto movilizador de estas organizaciones puede hallarse en la ciudad española de Valladolid. Las asociaciones obreras

²⁴ J. R. Montero, *La CEDA: el catolicismo social y político en la II República*, 2 vols., Madrid, Ediciones de la *Revista de Trabajo*, 1977.

de izquierda, localizadas en la Casa del Pueblo, contaban con seis mil miembros, de los cuales un poco menos de la mitad provenía de la Casa Social Católica. Las organizaciones católicas más grandes de la ciudad eran cooperativas de consumo y sociedades de educación y de servicios médicos, mucho más grandes que sus rivales socialistas. En la ciudad de Valladolid (aunque no así en la provincia) los sindicatos católicos tenían incluso tantos miembros como la UGT, si bien esto no era común en las otras ciudades españolas.²⁵ Los socialistas se enfocaban más en la organización del empleo, y sus oponentes de derecha en la comunidad, mientras que los anarcosindicalistas combinaban ambas.

Debemos añadir los partidos protestantes de las naciones en las que existían dos religiones principales, a saber, los Países Bajos y la Alemania de Weimar. En Weimar, los así llamados partidos conservadores y liberales "burgueses" (el DNVP, el DVP y el DDP) no se calificaban a sí mismos como protestantes, aunque sus dirigentes y activistas lo eran en su mayoría, y su voto (hasta que fue captado por los nazis) estaba altamente correlacionado con el porcentaje de protestantes en el electorado. Estos partidos organizaban sindicatos pequeños, eficientes y netamente protestantes, especialmente de oficinistas. En estos países las comunidades religiosas se diferenciaban parcialmente según su zona geográfica. Por ello, las comunidades preponderantemente obreras, de manera similar a las del proletariado, eran susceptibles de ser movilizadas por iglesias rivales, lo que se presentó de manera más evidente en los Países Bajos.

Entre todos estos movimientos, los holandeses eran políticamente diversos, los efímeros *Popolari* tenían tendencias agrarias de izquierda, el DDP alemán fue un partido liberal hasta cerca de 1930 y el Católico Alemán fue centralista hasta esa misma fecha. El resto de los partidos eran conservadores y *todos* se desplazaron hacia la derecha durante el periodo de entreguerras, cuando el centro político se derrumbó.

Estos partidos produjeron más agitación que los de notables, aunque mucho menos que los socialistas (o los fascistas). Pero, quizá más importante es que sus organizaciones auxiliares reclutaron un mayor número de mujeres (al parecer de diversas clases) que cualquier otro tipo de partido. Asimismo, entre sus dirigentes y militantes había una minoría sindicalista que, si bien solía perder en los principales debates sociales y económicos del partido, permanecía fiel. Las políticas del partido fomentaban el orden social, aun cuando sus militantes prove-

²⁵ J. M. Palomares Ibáñez, *El socialismo en Castilla*, Valladolid, Universidad, 1988, pp. 58-77 y 123.

nían de una gama ocupacional más amplia que la de los partidos conservadores o la mayoría de los liberales, y más amplia aún que la de los principales partidos obreros socialistas. Estos partidos representaban en especial a toda la gama de las clases medias y agrarias, con lo que, durante el periodo de entreguerras, únicamente los activistas de los partidos fascistas los superaron en cuanto al espectro de clases que abarcaban. Tal amplitud se lograba en el ámbito local mediante la selección deliberada de activistas entre toda la congregación de fieles a fin de atraer a aquellas personas conocidas por sus buenas obras y su activismo comunitario —cubriendo el rango de clases más amplio posible—, las cuales serían respetadas y seguidas por los demás.²⁶

Estos partidos funcionaban sobre la base de la deferencia, pero no únicamente sobre aquella que se expresaba hacia alguien de categoría social superior. Asimismo, estaban enraizados en la comunidad local de fieles, pero no eran meramente locales o relacionales; también se apelaba a una solidaridad ideológica más amplia, transmitida por medio de una organización que era más mundial que nacional entre los católicos y más nacional entre los protestantes y los ortodoxos, y que amalgamaba los distintos modelos de estatus y clase de la sociedad. Los militantes compartían valores sociales de inspiración religiosa: caridad, orden social, jerarquía y armonía, por lo que consideraban que al implementar políticas de carácter social para los más desvalidos, se reconciliarían finalmente los intereses de clase cuyo antagonismo era reconocido.

El segundo renacimiento conservador se presentó especialmente en los países constitucionales más antiguos. Es lo que McKenzie y Silver denominaron el torismo “secular” de la clase obrera, aunque yo prefiero llamarlo la oferta *tecnocrática*. Ahora que los partidos conservadores y liberales tenían que competir en la esfera de la masa electoral, la propuesta que presentaban cada vez con más frecuencia era que sus notables estaban mejor calificados técnicamente que sus contrincantes para manejar una economía capitalista e industrial. En las élites de los partidos se dio una clara disminución de representantes aristócratas, terratenientes y rentistas, paralelamente con un aumento de empresarios, profesionales técnicamente calificados y servidores públicos. El caso extremo fue Estados Unidos, en donde durante casi todo el periodo de entreguerras (y de la posguerra) el Senado y el Congreso estuvieron

²⁶ Castillo, *op. cit.*; y Mateos Rodríguez, “Formación y desarrollo de la derecha católica en la provincia de Zamora durante la Segunda República”, en J. Tusell *et al.*, *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, Unea, 1993.

integrados por antiguos empresarios y abogados de tendencia empresarial. No muy atrás de éstos venía el Partido Conservador británico, seguido de otros partidos conservadores, como el Lliga catalán y el DNVP alemán. Incluso el principal partido conservador español, la CEDA, tenía menos terratenientes y más agrónomos que sus predecesores derechistas. Los carteles electorales que este partido colocó en el poblado de Logroño simplemente mencionaban la ocupación de sus candidatos: “ingeniero y granjero”, “ingeniero, abogado y granjero”, “graduado en ciencias, experto en agronomía, granjero y ganadero”, “profesor y antiguo inspector del trabajo”, a lo que en ocasiones se añadía que tal candidato había nacido en la localidad, queriendo con esto implicar que estaba capacitado para comprender los problemas locales.²⁷

De hecho, las leyes que beneficiaron a los trabajadores emanaron de los intentos de los partidos conservadores y liberales por contener la ola socialista. Éstos favorecían los esquemas de conciliación industrial y de aseguramiento con apoyo del Estado a fin de alentar a los trabajadores a que adoptaran lo que ellos consideraban los valores burgueses del ahorro y la responsabilidad. Es por ello por lo que los partidos Conservador y Liberal británicos proclamaban con insistencia que ellos merecían obtener más créditos que el Laborista para sus programas de seguros y vivienda. Butler y Stokes sugieren que esto fue lo que en gran medida sirvió como puntal al conservadurismo obrero de los años sesenta, en especial entre los trabajadores más antiguos.²⁸ Una vez que los partidos socialistas empezaron a participar en el gobierno, sus antecedentes cobraron importancia para las elecciones y, dado que se había visto que los gobernantes del periodo de entreguerras se habían quedado atascados entre las fuerzas económicas y geopolíticas que estaban fuera de su control, las ofertas tecnocráticas en ocasiones resultaban enormemente convincentes. No había que olvidar que era un régimen laborista el que había sido sepultado por la gran depresión. Así, en 1931, los carteles de los conservadores presentaban la imagen de un obrero desempleado y casi muerto de hambre, producto del gobierno laborista y, en 1935, mostraban al mismo trabajador, vistiendo un elegante traje, como resultado de la prosperidad que las políticas conservadoras habrían generado.²⁹ La mayoría de los partidos continentales “burgueses”

²⁷ F. Bermejo Martín, *La IIa. República en Logroño: elecciones y contexto político*, Logroño, Comunidad Autónoma de la Rioja, 1984, pp. 285-286.

²⁸ D. Butler y D. Stokes, *Political Change in Britain*, Londres, MacMillan, 1974.

²⁹ T. Stannage, *Baldwin Thwarts the Opposition: The British General Election of 1935*, Londres, Croom Helm, 1980, p. 242.

proponían programas para la reforma de la tenencia de la tierra, el bienestar social y los convenios laborales, que según decían eran menos “ideológicos” que los del socialismo. Pero, en la práctica, su legislación era con frecuencia tan suavizada por la influencia ejercida en el interior del partido por los terratenientes e industriales, que el beneficio para los trabajadores resultaba muy pobre. Pese a esto, las ofertas tecnocráticas no menguaron, especialmente en las épocas de elecciones.

La tecnocracia no buscaba la agitación de las masas; todo lo que los trabajadores tenían que hacer era votar e ignorar a los militantes sindicalistas. Tampoco apuntaba a un núcleo electoral específico, como lo hacían las otras dos propuestas, sino que su llamado sólo se dirigía vagamente hacia el exterior de la macrocomunidad socialista.

Como tercer recurso, los conservadores invocaron el nacionalismo, pero, contrariamente a las imágenes actuales, éste rara vez invitaba a la agresión contra otras naciones (salvo en Alemania y Hungría, donde se exigía que les fueran devueltos los “territorios perdidos”). En todo caso, su agresión se dirigía más hacia el interior, contra los “desleales” a la nación que debilitaban su capacidad colectiva para resolver las profundas crisis que se vivían en ese momento. Los blancos evidentes eran el socialismo y el anarcosindicalismo, puesto que ambos proclamaban el internacionalismo, aunque el socialismo era pro Unión Soviética y los anarcosindicalistas denunciaban al Estado-nación. Los términos “bolchevique” y “anarquista” iban siempre cargados de recriminación, lo mismo que el más sencillo de “rojo”, pero todos ellos acusaban un sentimiento de extranjerismo y desorden. Sólo los países nórdicos fueron inmunes a esta influencia. Los estadounidenses iniciaron caza de brujas al término de la primera guerra mundial (y de la segunda), mientras que los conservadores británicos contrapusieron el patriotismo al efecto divisionista y de “origen extranjero” del socialismo, por lo que el Partido Laborista no pudo evitar que se esparciera el lema: “Primero somos bretones y sólo después, socialistas”.³⁰ Por otra parte, los regionalistas y las minorías religiosas y étnicas también fueron acusadas de “trastrucar” al Estado-nación (catalanes y vascos en España; católicos y polacos en Alemania). A lo largo de la Europa centro oriental, los judíos fueron señalados como particularmente “antinacionalistas”, pues no sólo tenían una religión y origen étnico diferentes, sino que también predominaban entre *los dos* enemigos de clase “extranjeros”, a saber, el capital internacional y el bolcheviquismo.

³⁰ R. McKenzie y A. Silver, *Angels in Marble: Working-Class Conservatism in Urban England*, Chicago, University of Chicago Press, 1968, pp. 62-69.

Si bien este tipo de tácticas surgieron en la extrema derecha antes de la primera guerra mundial, los regímenes antiguos habían hasta entonces evitado apelar a los sentimientos populistas.³¹ Por ello, fueron gratamente sorprendidos en 1914 por el arrebató patriótico que al parecer inflamaba tanto a los proletarios socialistas como a los deferentes rurales: los trabajadores podían ser proletarios conscientes de las diferencias de clase *a la vez* que fieles nacionalistas. Pero, bajo las presiones de la posguerra, los conservadores empezaron a difundir un nacionalismo pervertido. El *Volk* germánico y los términos *nación*, *nazione* de la Europa meridional, con sus variantes lingüísticas locales, fueron invocados para descartar a los grupos sociales y políticos diferentes de la nación-pueblo "genuina". Así, los conservadores españoles hablaban de una *España* que encarnaba la religión y el orden, cuya misión era llevar a cabo una segunda *reconquista* de la *Anti España* del socialismo, el anarquismo y el republicanismo.³²

Lockwood refiere la forma en que las imágenes deferentes de la sociedad contraponen la "auténtica" dirigencia conservadora a los líderes "apócrifos" radicales, que "manipulan" a sus "desorientados" seguidores. Ahora este concepto había rebasado el ámbito de las interacciones locales, para llegar al del Estado-nación. El periodo de entreguerras fue de crisis y desmoronamiento, pero muchos países europeos tenían una historia de grandeza imperial. Por ello, cuando en un país la derecha clamaba por las tradiciones de esa pasada gloria, los conservadores podían invocar la "genuina" dirigencia de una nación de la que la mayoría del pueblo, incluidos casi todos los trabajadores, se sentía parte. De esa manera las identidades nacional y de clase se volvían políticamente antagónicas. Tal fue el caso de Alemania, Austria, Hungría y Portugal, así como de Gran Bretaña después de la caída de los liberales.

El nacionalismo es un concepto más bien abstracto. Pese a la ficción de una genealogía común, por lo general éste sólo tiene un fuerte arraigo entre los pueblos explotados por señoríos coloniales (como en Irlanda), a diferencia del socialismo proletario o de la deferencia religiosa. Sin embargo, entonces el nacionalismo seguía teniendo varios núcleos electorales, tales como las fuerzas armadas, por las que habían desfilado recientemente masas de jóvenes varones de todas las clases y en las cuales se estimulaba el nacionalismo; el empleo estatal, manual

³¹ G. Eley, *op. cit.*

³² S. Julia, "Guerra civil como guerra social", en *La iglesia católica y la Guerra Civil española*, Madrid, Friedrich Ebert, 1990; F. Bermejo Martín, *op. cit.*

y no manual, en la mayoría de los antiguos regímenes autoritarios,³³ así como las religiones estatales establecidas, como la Iglesia evangélica en Alemania, la Iglesia católica en Austria, España, Portugal, Polonia, Eslovaquia y Croacia, y las variantes nacionales de la Iglesia ortodoxa en el sudeste de Europa. Esto también ocurría en las regiones o grupos que se consideraban a sí mismos el “corazón histórico” de la nación, tales como el sur de Inglaterra, Castilla, las regiones interiores de Austria, la Rumania rural o las masas de refugiados que regresaban a Grecia o Hungría. Éstos fueron los promotores fundamentales del nacionalismo derechista del periodo de entreguerras. Todos estos electorados eran claramente interclasistas, incluyendo a muchos obreros, y también controlaban los poderes coercitivos del Estado. Cabe destacar aquí cuán endebles eran estos núcleos nacionales en los países nórdicos, como resultado de la debilidad de los militares, la escasa asociación de la grandeza nacional con el militarismo y el imperio durante más de un siglo, el hecho de que las iglesias estaban en decadencia o eran liberales y la homogeneidad étnico-regional.³⁴

Las alternativas autoritaria y fascista

Sin embargo, el conservadurismo enfrentó una creciente competencia en el interior mismo de dichos electorados nacionalistas. El fascismo adquirió mucha fuerza como movimiento de masas en Italia, Alemania, Austria, Rumania y Hungría, pero éste no era sino la versión más radical de un movimiento del periodo de entreguerras que rechazaba la democracia en favor de un autoritarismo derechista. El fascismo se expandió por el sur, el centro y el este de Europa con su concepto extremista del

³³ También, durante este periodo, había rastros de la existencia de “dos estados” en algunos países (por ejemplo, Francia y España): el uno civil y liberal-social, basado en instituciones parlamentarias y de bienestar social, y el otro militarista y autoritario-conservador, cuyos fundamentos eran el ejército, la policía, el sistema judicial y otras funciones ejecutivas tradicionales. De cada uno de estos “estados” emanaba un gran número de dirigentes de cada extremo político, en tanto que los sistemas educativos con frecuencia se dividían a la mitad, de tal suerte que maestros y profesores proveyeran de militantes a ambos bandos.

³⁴ En el caso de Suecia, tenemos algo así como un acertijo: ¿Cómo es posible que la iglesia estatal luterana, tan sólidamente entronizada en la vida comunitaria sueca durante el siglo XIX, haya decaído hasta volverse casi irrelevante en el siglo XX? Nunca he hallado una buena explicación a eso. Obsérvese que en los países del Benelux, con un militarismo débil y un fuerte liberalismo, pero con proyectos nacionales muy debatidos, generó núcleos electorales plurales de clase-nación, divididos por la religión o el idioma.

“estatismo nacional”, que afirmaba que la crisis y el desorden sociales podían ser curados dando más poder a un “Estado en movimiento”, violento y autoritario, que encarnaba el espíritu de la nación. Al igual que la izquierda, la derecha había aprendido la lección a partir de las nuevas formas de relaciones entre el Estado y la sociedad que se derivaron de la primera guerra mundial y ahora veía al Estado como el portador de un objetivo moral desarrollista —no sólo conservador—, dado que éste ahora tenía la capacidad potencial de encarnar a la nación.

A la mayoría de los conservadores autoritarios sólo les interesaba obtener el apoyo pasivo de los obreros. Imitando al fascismo, alentaban el culto a los líderes y proponían partidos únicos, pudiendo éstos incluso ser utilizados como elementos agitadores para atacar a los “traidores” de la nación. Sin embargo, por lo general, su actividad se enfocaba en “desmovilizar” a las masas, tal como lo hicieron bajo Dollfuss, Franco, Salazar, Metaxas, Pilsudski y los dirigentes de los Estados bálticos. Los conservadores autoritarios se dedicaban a cultivar tanto masas pasivas de afiliados, entre las que se incluían organizaciones de jóvenes y mujeres, como una variante no local y no interaccional de deferencia al Estado-nación jerárquico y al líder. El fascismo era diferente. Requería de una movilización de masas activa, dado que supuestamente perseguía objetivos radicales y deseaba tomar el poder. Por tanto, el fascismo adoptó ciertas formas de organización socialistas, como el partido de masas, la célula y el militante. El estudio de Alien sobre “Thalburg” muestra que los nazis lograron obtener mayor grado de compromiso por parte de sus militantes, que los socialistas.³⁵ Y si bien los nazis no podían rivalizar con el SPD en las fábricas, para 1932 su organización fabril era sin duda tan poderosa como la del KPD.³⁶ Aparentemente hostil al capitalismo y a lo establecido, el fascismo presentaba estrategias populistas y proletarias, o cuando menos así lo hizo hasta antes de llegar al poder.

De esta manera, el conservadurismo se vio revitalizado durante el periodo de entreguerras y apareció más ideológicamente atractivo a las masas, incluidos los trabajadores. La diversidad que había señalado a la izquierda anterior a la guerra era ahora más característica de la derecha, especialmente en el continente europeo. Por lo tanto, los socialistas tenían que hallar la manera de contrarrestar las ofertas que los conservadores, el autoritarismo de derecha y el fascismo hacían a sus respectivos electorados.

³⁵ W. Allen, *The Nazi Seizure of Power*, Chicago, Quadrangle, 1965.

³⁶ M. Kele, *Nazis and Workers*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1972.

Respuesta de los socialistas

El socialismo estaba gravemente amenazado. El fracaso de sus insurrecciones de la posguerra y las agitaciones fascistas sofocaron sus expectativas. La gran depresión causó consternación; significaba una profunda crisis del capitalismo. Pero el optimismo y las ganancias de los socialistas habían emanado de los superávits capitalistas, mientras que los reformistas, pese a su convicción de que la hora estaba cerca, tenían pocos seguidores y muchos de ellos eran desempleados. El cuadro 1 muestra que el impulso sindicalista de la posguerra no perduró. Las cifras de 1925 y 1930 revelan un acercamiento en las diferenciales internacionales. Salvo por el caso del rezago de Estados Unidos y la cifra de "sólo militantes" de Francia, en 1930 las densidades sindicales se hallaban en todas partes entre 25 y 40% y estaban en su mayoría estancadas, como lo demuestran Przeworski y Sprague.

Los dirigentes socialistas sabían que su movimiento aún no era mayoritario, pero los marxistas siempre habían creído que tarde o temprano llegaría a serlo y se negaban a renunciar a esa idea. Algunos pragmatistas tenían la ambición de trascender su macrocomunidad proletaria y convertir a todos aquellos que vivían y trabajaban en otras partes, lo que pretendían lograr disminuyendo el tono revolucionario y uniéndose con los burgueses liberales, tendencia que era aún más fuerte en el SPD alemán. Pero la mayoría de los marxistas no podían aceptar tal pragmatismo, dado que para ellos existía una correlación absoluta entre partidos y clases: si el socialismo representaba al proletariado, los otros partidos debían representar a otras clases, partidos que ellos calificaban (lo mismo que la mayoría de los historiadores de casi todos los países) como "burgueses" o "pequeñoburgueses". Así, resultaba difícil crear una camaradería de "frente popular" entre tales líneas de "clase". Los "maximalistas" y los comunistas (hasta que la Comintern cambió de línea, por mandato de Moscú, en 1935) denunciaban que dicho "oportunismo" llevaba al "aburguesamiento", afirmando (con un tono más bien anarcosindicalista) que la pureza debía ser preservada. El insurreccionismo por sí solo habría de incrementar el apoyo y derrocar al capitalismo. Si bien, en el contexto de la gran depresión, esto era evidentemente falso, su retórica resultaba menos inquietante para los militantes proletarios tradicionales y para los jóvenes socialistas, que el pragmatismo. En la única encuesta de actitud que se realizó en la Escuela de Frankfurt en 1929-1930 sobre los militantes alemanes, se observó que los socialistas estaban mucho más descontentos con sus líderes que los comunistas (e incluso que los pocos seguidores de los nazis y del partido burgués). Sin embargo, sólo alrededor de 15% de los mili-

tantes izquierdistas tenían una visión revolucionaria congruente (23% de los cuales eran militantes del KPD).³⁷

Aun cuando debían contrarrestar los tres recursos empleados por los conservadores en su revitalización, a los socialistas les resultaba difícil hallar formas que rivalizaran con la deferencia, la jerarquía y la autoridad, dado que éstas constituían la antítesis de la clase y la igualdad (incluso el estalinismo no podía proclamar abiertamente su naturaleza autoritaria). Los marxistas se negaban a apelar a otro tipo de identidad que no fuera la de clase, en tanto que los contraataques conservadores de hecho negaban la prominencia de la clase, pues, si bien se hacía un llamamiento a los trabajadores, éste no se les hacía *en tanto* tales. Para los socialistas, por el contrario, la clase era el concepto fundamental, que definía a cada partido. Por otra parte, tenían una especial dificultad en relación con el género, si bien corrigieron en cierta medida su anterior sexismo en el campo del empleo, aunque sin prestar demasiada atención a la familia, el matrimonio o la maternidad. En este terreno, predominaba el debate entre las feministas liberales y los conservadores. Aunque algunas feministas socialistas de vanguardia lanzaron un ataque contra la "familia burguesa", éste, lejos de producir un acercamiento, alejó a un mayor número de mujeres (y de hombres). Tampoco podían los socialistas apelar a la sensibilidad religiosa, dado que los socialistas continentales eran reconocidos como ateos (en ocasiones ligados a liberales anticlericales), que propugnaban por políticas educativas y familiares hostiles a las iglesias.

Por suerte para los socialistas, el conservadurismo religioso tenía menos poder en el noroeste de Europa. En Escandinavia, las sectas luteranas más fervientes se habían inclinado hacia el liberalismo político,

³⁷ En este estudio (que fue posteriormente publicado por Erich Fromm, bajo el título de *The Working Class in Weimar Germany*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1984), los encuestados nazis mostraron una mayor congruencia ideológica (al igual que los autoritarios). Fromm afirma que los resultados pueden considerarse típicos de los obreros de Weimar. Sin embargo, el método de muestreo de "bola de nieve" (ya partir de los contactos de la Escuela de Frankfurt!), la pobre tasa de respuesta de 20% (a una encuesta por correo), su ubicación principalmente urbano-industrial y su alto nivel de activismo sindical demuestran todos ellos que los 537 hombres y las 47 mujeres encuestados eran militantes de la macrocomunidad proletaria. Es obvio que Fromm tenía expectativas irreales respecto a su convicción revolucionaria, dado que estos individuos tenían muchas más imágenes proletarias que los trabajadores de los estudios británicos modernos. Al preguntárseles: "¿Quién, en su opinión, detenta actualmente el poder real en el Estado?", 68% de los seguidores del SPD y 83% del KPD respondieron que los capitalistas, los terratenientes, los bancos o la burguesía. Esta pregunta, más bien tendenciosa, parece haber confundido a los seguidores de los partidos burgueses, si bien 50% de los nazis respondieron con firmeza: "los judíos".

no hacia el conservadurismo. Gran Bretaña era más agnóstica, aunque en los Países Bajos, Estados Unidos, y también en Gran Bretaña, los movimientos de renacer político-religioso produjeron una reacción entre otras congregaciones. Así, el izquierdismo se estancó en la mayor parte de la Europa católica y ortodoxa.

Por otra parte, no obstante, los reformistas pragmáticos sí podían imitar la oferta tecnocrática y pusieron el acento en el modernismo de su movimiento, su capacidad para manejar una avanzada economía capitalista, así como el hecho de que el compromiso de clase podía elevar la productividad.

Aunque desconcertado por la gran depresión, el “keynesianismo social” pronto cobró fuerza en los países nórdicos, impulsado por un pacto sumamente pragmático que se estableció con los cabilderos agrícolas, mientras que en las naciones anglosajonas los pioneros fueron los liberales progresistas, como muestra el caso del *New Deal* y del *Blue Book* liberal, pero estas ideas en poco tiempo se esparcieron también entre los trabajadores. Las propuestas tecnocráticas eran esencialmente pragmáticas y consensuales, alejando a los partidos de izquierda de las opciones socialistas, incluso de la más bien distante alternativa del “socialismo evolucionario”. Esto puede verse claramente en el caso de Noruega, en donde el Partido Socialista, el DNA, se desplazó rápidamente de una postura revolucionaria a una reformista, durante los primeros años de la década de los treinta.³⁸

Los socialistas elaboraron varios sistemas de defensa contra el nacionalismo. Por una parte, continuaron proclamando el internacionalismo, lo cual obtenía mejor respuesta entre los obreros de los países no amenazados (especialmente en las naciones nórdicas, excluyendo a Finlandia, y en Gran Bretaña), que en la Europa central y oriental, la cual enfrentaba disputas territoriales y étnicas, así como un mayor endeudamiento extranjero. También funcionó mejor en los periodos de prosperidad o de fatiga por la guerra, y cuando la Liga de las Naciones parecía representar la esperanza para el futuro. Por otra parte, los socialistas también podían utilizar como argumento los rezagos regionales para denunciar el nacionalismo “integral”. Mientras los *tories* encumbraban más el nacionalismo “británico”, menos convencían a los escoceses, a los galeses o a los católicos de Irlanda del Norte, e incluso la zona norte industrial del país estaba menos segura que el sur de que Gran Bretaña fuera “una sola nación”. Asimismo, en la medida en que los conserva-

³⁸ G. Esping-Andersen, *Politics Against Markets: The Social-Democratic Road to Power*, Princeton, Princeton University Press, 1985, p. 81

dores españoles (es decir, los castellanos) celebraban más el nacionalismo, más aislaban a los catalanes y a los vascos, a la vez que los valencianos y los andaluces encontraban más motivos para detenerse y reflexionar. En dichos estados-nación había más de una definición del concepto de nación y cada una de ellas tenía su respectivo electorado.

Algunos socialistas también desarrollaron un nacionalismo propio. Desde 1789, el término francés de *nation* se había prestado para interpretaciones izquierdistas y tanto la *Marseillaise* como el *tricouleur* resultaban igualmente apropiados para las asambleas socialistas y comunistas, así como para las conservadoras. A partir de 1935, el nacionalismo cobró importancia en la retórica del Frente Popular Francés, cuando la “clase” fue incluida bajo los conceptos de nación y pueblo, incluso en los discursos de los comunistas. Los socialistas de izquierda de la Europa meridional tomaron de los populistas los términos *pueblo* y *populo*, es decir, “la gente común”. Dado que éstos implican la exclusión de clases superiores (*pueblo*, en España, también designa una “aldea” en donde no existe una clase superior), estas formas de nacionalismo podían legitimar el izquierdismo radical e incluso la revolución. Bernstein ha insistido de manera poco convincente en que el SPD alemán era el partido del *Volk*, pero realmente fueron los socialistas nórdicos quienes lo lograron. Al operar dentro de una mayor homogeneidad étnica, pudieron fundir la clase en un *Volk* mucho más consensual, como se expresa en el eslogan sueco del “hogar del pueblo” o el noruego de “la seguridad del pueblo”. Su “ciudadanía social” se basó entonces en la idea de que el empleo, las pensiones, los servicios de salud y las políticas de vivienda debían ser “universales”, lo que en la práctica significa *nacionales*. Durante el periodo cercano a la segunda guerra mundial, estimularon el sentimiento de una solidaridad nacional interclasista, característico en cualquier otro país del conservadurismo, y lo reforzaron por medio de programas sociales concretos.

Yo diría que todo esto permite explicar el éxito de la democracia social nórdica. La mayoría de los estudios del caso sueco, el corazón de la misma, se enfocan en la concentración de la clase trabajadora —resultado del rápido crecimiento industrial—, la concentración de la población y la homogeneidad étnica, aunque también añaden la habilidad de los socialdemócratas para pactar alianzas pragmáticas con los pequeños granjeros, así como la especial debilidad del conservadurismo.³⁹ El

³⁹ J. Stephens, *The Transition from Capitalism to Socialism*, Londres, MacMillan, 1979; y G. Esping-Andersen, *op. cit.*

presente trabajo ayuda a elucidar los dos últimos puntos. El conservadurismo nórdico era débil en virtud de que, al carecer del recurso de control de una religión movilizadora y de su propio proyecto de grandeza nacional, tenía que competir básicamente en el ámbito pragmático y tecnocrático.⁴⁰ Compárese esto, por ejemplo, con el caso de los granjeros suecos y castellanos. Los intereses locales de los segundos fueron interpretados por medio de organizaciones colectivas instituidas por los notables católicos y castellanos, lo que permitió que los sentimientos tecnocráticos, religiosos y nacionalistas se entretajaran para conducir a la clase social intermedia (y, con frecuencia, empobrecida) hacia el conservadurismo y, durante la guerra civil, para apoyar a *España* en contra de la *Anti España*. Por su parte, los granjeros suecos, básicamente inmunes a las ofertas religiosas o nacionalistas, percibían sus intereses económicos de manera más directa, de tal suerte que les fue posible establecer con los socialdemócratas el *Cow Deal*, que englobaba intereses locales y de clase. El éxito tecnocrático de esta alianza tan amplia —más que un populismo conservador— fue lo que permitió sentar las bases de un *Volk*.

Debemos también destacar el peculiar estancamiento nacional-tecnocrático de la izquierda en Gran Bretaña, el otro país protestante. Para 1929 el Partido Laborista ya había arrollado al Liberal y estaba preparado para sustituirlo como el partido alternativo al gobierno. Sin embargo, su gobierno minoritario no contaba con políticas eficaces para combatir la depresión y se dividió, después de lo cual muchos de sus dirigentes se unieron al gobierno “nacional”, en el que predominaban las políticas conservadoras. A medida que el Partido Conservador se apoderaba más de ese gobierno, pareció darse un enfrentamiento entre “nacionalismo” y “socialismo” en las elecciones subsecuentes. El hecho de que mayor número de trabajadores votara por el Partido Conservador se debía a que éste era capaz de llamarse a sí mismo “Gobierno Nacional” y no solamente por ser el Partido Conservador; fue así que el despuntar del Partido Laborista se vio frenado.⁴¹ En un país imperial, al socialismo le resultaba difícil competir contra la nación y más aún teniendo un historial tecnocrático tan poco convincente.

⁴⁰ De hecho, desde antes de 1920, la alianza luterana-militarista-monárquica había sido derrotada sobre bases constitucionales por los liberales, los socialistas y la alianza temperanza-sectaria.

⁴¹ T. Stannage, *op. cit.*, p. 245.

La lucha por atraer a la clase trabajadora

En esta sección analizaré el poder de penetración en la clase trabajadora, tanto del socialismo como de las versiones renovadas del conservadurismo y del fascismo, durante el periodo de entreguerras. Empezaré por sus militantes y por la composición de los partidos.

En los partidos conservadores había muy pocos trabajadores. Lo más frecuente era que casi la mitad de sus miembros fueran antiguos notables y la otra mitad estuviera constituida por miembros provenientes de la gama más amplia de la clase media. Los líderes nacionales seguían siendo en su mayoría notables. Por su parte, los partidos centristas liberales, republicanos, radicales y regionales presentaban más diferencias, aunque pocos de ellos contenían más de entre 5 y 10% de trabajadores. En algunos de ellos prevalecían los dirigentes pequeñoburgueses y en un mayor número los profesionales. Los afiliados de los partidos católicos eran más variados y provenían de todos los estratos sociales; la mayoría de sus líderes eran notables y profesionales, aunque había una minoría de sindicalistas. Casi todos estos partidos presentaban plataformas públicas y candidatos que poseían la categoría social de notables y un alto grado de educación y especialización técnica. Al dirigirse a la burguesía, los partidos conservadores invocaban con frecuencia las virtudes burguesas, mientras que, frente a los trabajadores, animaban una mezcla de deferencia a la categoría social, que se generalizaba hacia los sentimientos religiosos y nacionales, y hacia un reconocimiento pragmático de su competencia.⁴² De esta manera, tanto por su dirigencia como por sus miembros, los partidos conservadores y liberales eran predominantemente burgueses y pequeñoburgueses, tal como

⁴² La información presentada en este párrafo se tomó de C. Bacher, *Class and Conservatism: The Changing Social Structure of the German Right, 1900-1928*, Universidad de Wisconsin-Madison, 1976 (tesis de doctorado); S. Bernstein, *Histoire du Parti Radical*, París, Presse de la fondation nationale des sciences politiques, 1980-1981; E. Bukey, *Hitler's Hometown: Linz, Austria, 1908-1945*, Bloomington, University of Indiana Press, 1986; L. Döhn, *Politik und Interesse: Die Interessensstruktur der Deutschen Volkspartei*, Meisenheim am Glan Anton Hain, 1970; J. Farré, *La izquierda burguesa en la II República*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985; R. Koshar, *Social Life, Local Politics, and Nazism: Marburg, 1880-1935*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1986; W. Liebe, *Die Deutschnationale Volkspartei, 1918-1924*, Düsseldorf, Droste, 1956; O. Manjón, *El Partido Republicano Radical 1908-1936*, Madrid, Tebas, 1976; I. Molas, *Lliga Catalana: Un estudi d'estasiologia*, Barcelona, Edicions 62, 1973 (2a ed.); Moreno Fernández, *Acción popular murciana*, Murcia, 1987; Montero, *op. cit.*; R. Morsey, *Der Untergang des politischen Katholizismus*, Stuttgart, Belsar, 1977; y W. Schneider, *Die Deutsche Demokratische Partei in der Weimarer Republik 1924-1930*, Munich, Wilhelm Fink, 1978.

los socialistas los acusaban, aunque aquéllos argumentaban que sus políticas les conferían una identidad diferente.

Los partidos fascistas y socialistas eran distintos. En términos generales, los primeros han sido los más estudiados, aunque la información sobre Italia sigue siendo escasa. Cuando el PNF revisó la mitad de los registros de sus miembros, encontró que los trabajadores industriales estaban severamente subrepresentados, mientras que los agrícolas estaban ligeramente sobrerrepresentados. Los estudios locales italianos revelan patrones diversos, aunque por lo general aparece un predominio de miembros burgueses y agrarios, y en todos los casos una subrepresentación de trabajadores industriales, especialmente de la industria pesada.⁴³ Los nazis austriacos parecen en cierta medida burgueses hasta 1935, momento en que muchos antiguos socialistas y sindicados empezaron a adherirse; sus rivales "austrofascistas" continuaron siendo burgueses agrarios.⁴⁴ Sin embargo, en ambos países los trabajadores y empleados del sector público de todos los rangos estaban sobrerrepresentados. En este sentido, el fascismo parece más burgués que proletario, aunque a la vez resulta característicamente sectorial; se trataría de un movimiento de lo que Salvemini llamaba "la burguesía humanista", o tal vez, de manera más precisa, de "la burguesía nacional estatista".

No obstante, es de los nazis alemanes de quienes indudablemente se tiene mayor información, la cual revela la ausencia de un sesgo clasista pronunciado entre los miembros y los trabajadores paramilitares, de hecho sobrerrepresentados. En el partido y entre los paramilitares había, en conjunto, relativamente la misma cantidad de obreros que en la generalidad de la población, así como casi el mismo número de militantes obreros que entre los socialistas y muchos más que entre los comunistas.⁴⁵ La Guardia de Hierro rumana y, tal vez, las Cruces Flecha-

⁴³ R. Cavandoli, *Le origini del fascismo a Reggio Emilia*, Editori Riuniti, 1972; A. Preziosi, *Borghesia e fascismo in Friuli negli anni 1920-1922*, Roma, Bonacci, 1980; y M. Revelli, "Italy", en D. Mühlberger, *The Social Basis of European Fascist Movements*, Londres, Croom Helm, 1987.

⁴⁴ G. Botz, "Introduction" y "The Changing Patterns of Social Support for Austrian National Socialism (1918-1945)", en S.U. Larsen *et al.*, (eds.), *Who Were the Fascists?*, Bergen, Universitetsforlaget, 1980; y del mismo autor, "Austria", en Mühlberger, *op. cit.*; Bukey, *op. cit.*; B. Pauley, "Nazis and Heimwehr Fascists: The Struggle for Supremacy in Austria, 1918-1938", en S.U. Larsen, *et al.* (eds.), *op. cit.*; B. Pauley, *Hitler and the Forgotten Nazis*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1981; y W. Wiltschegg, *Die Heimwehr*, Munich, Oldenbourg, 1985.

⁴⁵ M. Kater, *op. cit.*; D. Mühlberger, *op. cit.*; P. Stachura, "National Socialism and the German Proletariat, 1925-1935: Old Myths and New Perspectives", *The Historical Journal*, vol. 36, 1993.

das húngaras eran también interclasistas, pues un número considerable de sus miembros provenía de todos los estratos.⁴⁶ No fue el fascismo sino el comunismo el que reclutó un número considerablemente mayor de miembros de entre los desempleados y tampoco existen diferencias sustanciales entre trabajadores especializados y no especializados, además de que, en mi opinión, ni siquiera los recursos más elaborados de que dispone la sociología moderna para la medición de las jerarquías ocupacionales podrían ofrecer resultados significativos.

Esto se debe a que es el sector —y no la clase— la principal variable económica explicativa. Debe recordarse nuevamente que estos sectores representaban casi la mitad de la clase trabajadora, incluso en un país de industrialización avanzada como era Alemania y más aún en las naciones menos desarrolladas. La macrocomunidad proletaria se resistía al fascismo, pero no la totalidad de la clase trabajadora. De hecho, los sectores constituyen también un poderoso recurso explicativo en lo que se refiere a otras clases. Salvo por el caso de Hungría, el fascismo captaba menos personas directamente relacionadas en cualquier nivel con la producción industrial —es decir, los capitalistas industriales, los pequeñoburgueses clásicos y los obreros industriales— y más individuos dedicados a la agricultura y a los servicios. Por ende, los partidos fascistas tenían más bases sectoriales que clasistas. No eran ni burgueses ni pequeñoburgueses en su composición social y la mala interpretación de los socialistas en este sentido es resultado, en gran medida, de su dificultad para entenderlos.

No obstante, como en todos los partidos, los dirigentes fascistas se sentían más pertenecientes a la clase burguesa que militantes. De los afiliados nazis, 40% eran obreros (60% en las fuerzas paramilitares), 20% líderes locales y regionales y sólo 5% líderes nacionales. La mayoría de los dirigentes fascistas tenían una buena educación y provenían especialmente del sector público, tanto los civiles como los militares. Algunos otros tenían antecedentes más ordinarios, en ocasiones con un fuerte acento regional (Hitler) o que imitaban el estilo del hom-

⁴⁶ Los estudios más completos sobre Rumania, de Heinen y Veiga (véase la nota 12), no están traducidos al inglés, pero se puede hallar cierta información en R. Ioanid, *The Sword of the Archangel*, Nueva York, Columbia University Press, 1990; y en R. Vago, "Eastern Europe", en Mühlberger, *op. cit.* Los datos sobre Hungría son muy rudimentarios, por lo que para su análisis debemos recurrir básicamente a los dudosos estudios comunistas y al informe indirecto de I. Deak sobre los miembros ("Hungría", en H. Rogger y E. Weber, *The European Right: A Historical Profile*, Berkeley, University of California Press, 1966).

bre común (Mussolini, Codreanu). La plataforma fascista solía estar integrada por los dirigentes locales del partido, diversos en cuanto a sus antecedentes, su acento y su porte, a los que se sumaban dignatarios invitados, tales como un periodista más bien carente de clase, un profesional altamente educado y un general o un aristócrata. El grupo de líderes fascistas estaba integrado únicamente por hombres (otros partidos generalmente incluían alrededor de 5% de mujeres), aunque en los estratos inferiores (pese a su ideología extremadamente machista) la composición de los fascistas no era más masculina que en otros partidos. De hecho, en sus organizaciones auxiliares había un número mayor de mujeres que en todos los demás partidos, salvo los confesionales. Asimismo, excepto por los comunistas, los miembros y dirigentes fascistas eran más jóvenes (casi diez años) que los de todos los otros partidos, de lo cual hacía gala el partido al ordenar que en el corredor siempre hubiera una formación de jóvenes uniformados. La iconografía de todos los partidos fascistas se centraba por entero en la representación de niñas y niños saludables. El fascismo no era solamente interclasista, intergenérico y juvenil, sino que proyectaba con fuerza dicha imagen.

Aquí, de nuevo, los partidos socialistas y comunistas diferían. Los trabajadores representaban entre 60 y 80% de sus miembros, rango en el que la mayoría de los partidos comunistas se ubicaba en el extremo superior. Por su parte, la dirigencia socialista presentaba más diversidad: entre 20 y 70% eran trabajadores (los comunistas, de nuevo, estaban cerca del porcentaje más alto) y alrededor de la mitad de la parte restante eran en su mayoría profesores, periodistas y servidores públicos. Sin embargo, para evitar una mala interpretación debemos hacer notar que la mayoría de los dirigentes de origen obrero habían sido funcionarios del partido durante muchos años (más en el caso de los socialistas que de los comunistas, dado que sus partidos generalmente eran más antiguos). Los comunistas y socialistas franceses eran los que presentaban más variaciones. Ambos tenían bases tanto rurales como urbanas, pero los líderes socialistas eran los más burgueses de todos los partidos de izquierda, mientras que los partidos comunistas locales tenían fuertes contingentes pequeñoburgueses (muchos de los cuales eran artesanos independientes). Los partidos socialistas proyectaban una contradictoria imagen proletaria meritocrática, que respondía a su genuina ambivalencia de clase, en la que se manifestaban simultáneamente un orgullo del proletarianismo, la afluencia de gran número de burgueses radicales y el deseo de penetrar a todas las líneas de clase. Por el contrario, los partidos comunistas eran más resueltamente proletarios. Como se mencionó antes, estos partidos reclutaban menos mujeres que los conserva-

dores o fascistas.⁴⁷ El socialismo-comunismo fue un subconjunto del proletariado y es casi obvio que fue conformado con los elementos de su mitad masculina.

¿Cómo respondieron las masas? Dada la ausencia de encuestas de salida de mesas receptoras en las elecciones, ignoramos cómo fue el voto en el periodo de entreguerras, por lo que tuvimos que recurrir a datos ecológicos, comparando las características sociales y los votos en los diversos distritos electorales. Aunque ésta constituye una evidente limitación, la información ecológica resulta en cierto sentido adecuada, dado que el electoralismo masivo de la posguerra impuso restricciones ecológicas a los partidos. Las ofertas electorales, más que dirigirse directamente a la comunidad, apuntaron al distrito electoral de campaña de un candidato, prefiriéndolo sobre los distritos más amplios a los cuales los partidos, la prensa y otras instancias de poder lanzaban sus llamamientos y, finalmente, a las esferas nacionales. El electorado variará en su tamaño y coherencia en función de que elija un solo miembro o múltiples miembros, o bien de que contribuya a las listas regionales de candidatos.

La República de Weimar es la que cuenta con los mejores datos ecológicos nacionales.⁴⁸ Excepto por las áreas muy rurales o los pueblos

⁴⁷ Las mejores fuentes con las que contamos son las de los partidos alemanes y del comunismo francés. Para Alemania, véase W. Guttman, *The German Social-Democratic Party, 1875-1933*, Londres, Allen and Unwin, 1981; R. Hunt, *German Social Democracy 1918-1933*, Chicago, Quadrangle, 1970; P. Lösche, *Die SPD: Klassenpartei-Volkspartei-Quotenpartei*, Darmstadt, Wiss. Buchges, 1992; H. Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus*, 2 vols., Frankfurt, Europäische Verlagsanstalt, 1969. Para Francia, véanse varios trabajos en J. P. Azéma et al., *Le Parti Communiste Français des années sombres, 1938-1941*, Paris, Seuil, 1986; y en J. P. Rioux et al., *Les communistes français de Munich à Chateaubriant (1938-1941)*, Paris, Presse de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1987; A. M. y C. Pennetier, "Les militants communistes du Cher", en J. Girault (ed.), *Sur l'implantation du Parti Communiste Français dans l'entre-deux-guerres*, Paris, Editions Sociales, 1977; B. Pudal, *Prendre parti: pour une sociologie historique du PCF*, Paris, Presse de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1989. Para Austria, véase G. Botz, *Gewalt in der Politik*, Munich, Fink, 1983 (2a. ed.), pp. 156-157 y 254; E. Bukey, *op. cit.* Para España, véase M. Contreras, *El PSOE en la II República*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1984; Guinea, *Los movimientos obreros y sindicales en España: de 1833 a 1978*, Madrid, 1978; J. Montero, *La CEDA*, p. 449. No he encontrado aún buena información sobre miembros del Partido Británico del Trabajo. En muchas de estas fuentes, debemos añadir algunas mujeres miembros a aquellos etiquetados como "trabajadores".

⁴⁸ Los datos correlativos son los de J. Falter, *Wahlen and Abstimmungen in der Weimarer Republik*, Munich, Beck, 1986, y *Hitlers Wähler*, Munich, Beck, 1991; también en J. Falter y H. Bömermann, "Die Entwicklung der Weimarer Parteien in ihren

eminentemente fabriles (que no eran generalmente los más grandes), no había muchos distritos electoralmente relevantes que fueran uniclasistas. En los casos de las áreas rurales que emitían un voto muy homogéneo, esto se debía en gran medida a la influencia de la religión. El Partido Católico Centrista captó alrededor de 70% de los votos en algunos distritos rurales a lo largo del periodo (a principios de los años veinte alcanzó hasta 90% en ciertos distritos), mientras que, primero los partidos burgueses y, más tarde los nazis, llegaron a cifras similares en ciertos distritos rurales protestantes. En los pueblos industriales de Saxony y Hesse-Nassau, los partidos de izquierda llegaron a recoger cerca de 75% de los votos, debido en parte a que estas zonas eran eminentemente protestantes.

Pero en la mayoría de los poblados y en sus regiones interiores los partidos competían en un ambiente multclasista, multipartidista y, a menudo, bi-religioso. En Essen, ciudad en la que predominaban las fábricas, siete de los cuarenta distritos electorales estaban compuestos por 75% de obreros. Sin embargo, en Hamburgo —la segunda ciudad alemana en importancia, pero de economía más diversa— ninguno tenía más de 64% de trabajadores, en tanto que en Berlín —sin duda la mayor ciudad en industrias y también en capital— ninguno tenía más de 57% de obreros. Más aún, ninguna circunscripción electoral urbana podía quedar electoralmente aislada, dado que los partidos, la prensa y otros llevaban a cabo campañas de amplio alcance. Aunque los pequeños barrios y, en ocasiones, algunos distritos electorales individuales llegaran con frecuencia a dar 75% de los votos al conjunto de los partidos de izquierda, esto nunca ocurría en la totalidad de las ciudades. Hamburgo y Berlín votaron 55% por el conjunto de los partidos de izquierda, pero algunas ciudades como Essen, divididas por la religión, no llegaron a alcanzar siquiera 40% y, de hecho, en ninguno de sus distritos electorales individuales pudieron los partidos de izquierda alcanzar 50% de los votos.

Al estudiar el aspecto de la religión, el conjunto de correlaciones ecológicas con la clase es bajo, salvo para el caso del Partido Comunista.⁴⁹ La correlación entre el voto por el KPD y la presencia de obreros en

Hochburgen und die Wahlerfolge der NSDAP", en H. Best (ed.), *Politik und Milieu*, St. Katharinen, Scripta Mercaturae, 1989; datos sobre Essen de H. Kühr, *Parteien und Wahlen im Stadt- und Landkreis Essen in der Zeit der Weimarer Republik*, Düsseldorf, Droste, 1973. Los mejores trabajos en inglés son: R. Hamilton, *Who Voted for Hitler?*, Princeton, Princeton University Press, 1982 (sobre las grandes ciudades), y T. Childers, *The Nazi Voter*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1983.

⁴⁹ Recuérdese que es más fácil obtener correlaciones altas con estos datos ecológicos

el electorado se mantuvo en el rango de .60 a .70, de 1924 en adelante, lo que explica la varianza de cerca de 40% en el voto comunista. En el caso del SPD socialista, también fue positivo pero mucho más bajo, en el rango de .25 a .35, lo que explica solamente alrededor de 10% de la varianza. Otras correlaciones de partidos con la presencia de trabajadores fueron en su mayoría negativas, pero ninguna llegó a $-.35$ y casi todas estuvieron entre $-.10$ y $-.20$. Haciendo una comparación por sectores, el patrón general no cambia significativamente, aunque presenta fluctuaciones más grandes para los partidos tomados en forma individual. Los partidos "burgueses" (protestantes) tenían correlaciones positivas insignificantes o muy bajas, con la presencia de trabajadores en la agricultura y en el sector de servicios. Incluso si se dividen los electorados en las cuatro variables de predicción más precisas (porcentaje de trabajadores, sector económico, urbanización y religión), no obtenemos una combinación de las cuatro en *ninguna* elección en donde los partidos de izquierda captaron más de 45% del electorado, o 55% de los que votaron. En toda Alemania, la combinación más alta de este tipo —en las áreas obreras, urbano-industriales y protestantes— dio a la izquierda 30% del electorado y 40% del voto efectivo. Aunque los partidos de izquierda estuvieron cerca de predominar en los distritos fabriles y atraer a un número mucho mayor de trabajadores en el país en su conjunto, podemos conjeturar que del voto que obtuvieron los partidos conservadores y liberales, entre 35 y 40% provino de los obreros (que representaban 55% de la fuerza laboral), mientras que los nazis alcanzaron hasta 40% en 1932 (puesto que se trata de datos ecológicos, estos cálculos sólo son a *grosso modo*). Esto significa que los trabajadores eran menos propensos a votar por los nazis que por la izquierda, aunque no por mucha diferencia.

Cuando sobrevino la gran depresión, Alemania se polarizó, el SPD perdió votos y los partidos "burgueses" se desplomaron, primeramente los liberales. El Partido Católico Centrista, los comunistas y los nazis captaron entonces a la mayor parte de los nuevos electores, incluidos los jóvenes. Después de 1930, más mujeres que hombres votaron por los nazis, pese al exagerado machismo del movimiento. Aunque los "baluartes del electorado" nazi eran en su mayoría protestantes, en otros ámbitos tenían mayor variación. En términos generales, los socialistas-comunistas aún compartían el antiguo electorado socialista, basado en

que con los datos individuo-nivel del periodo posterior a 1945. Por tanto, estas correlaciones no pueden ser directamente comparadas con los datos posteriores a 1945 que se presentan más adelante, en el cuadro 3.

la macrocomunidad proletaria, el electorado católico se había afianzado y los protestantes no industriales de todas las clases se habían desplazado del liberalismo al conservadurismo, hasta llegar al fascismo.

Dado que los socialistas y los comunistas estaban entonces peleando unos contra otros en las calles, tenemos que tratarlos por separado. El SPD era esencialmente reformista; el KPD más insurreccionista, y sus respectivos seguidores se fueron diferenciando cada vez más. Para 1932, los miembros comunistas eran casi diez años más jóvenes que los socialistas. Entre 70 y 80% de los miembros del KPD estaban ahora desempleados y el partido se encontraba fuertemente correlacionado con las tasas locales de desempleo, en tanto que los miembros y votantes del SPD no se habían desviado del promedio nacional de empleo. Así, mientras las esposas de algunos socialistas votaban primero por los católicos o los "burgueses" y, después por los fascistas, algunos de sus hijos eran comunistas que denunciaban el "fascismo social" de sus padres. Las disputas entre comunistas y socialistas también indujeron a muchos alemanes, incluidos los trabajadores, a apoyar a aquellos movimientos que decían estar más allá de la lucha de clases, a saber, primero los comunistas y, más tarde, los fascistas. De esta manera, en la Alemania de Weimar *todas* las principales corrientes ideológicas circulaban entre la clase trabajadora y, en ocasiones, dentro de las propias familias.

Pero no todos los países y regiones experimentaron esta misma competencia ideológica. Los sistemas multipartidistas eran los que la estimulaban, a menos de que estuvieran altamente regionalizados o "verticalizados", como en los Países Bajos. Aquí la competencia estaba constreñida por la existencia de macrocomunidades aisladas y se articulaba en la religión o el idioma, pero en algunas comunidades regionales se basaba esencialmente en la clase. En Viena, los socialistas captaron un sorprendente 75% del voto durante la República, aunque el número de mujeres fue ligeramente inferior, pues éstas se inclinaron gradualmente hacia la derecha en todo el país. La ciudad estaba en su mayoría integrada por una comunidad proletaria y algunos centros hulleros rurales presentaron mayorías de izquierda casi igualmente grandes. En las ciudades más grandes de Alemania y Escandinavia, como en Viena, votaban mayoritariamente por los laboristas-socialistas-comunistas, aunque esto tal vez no ocurría en otros lugares, ya que ninguna ciudad británica alcanzó más de 40 por ciento.

En unos cuantos países hubo un mayor voto de clase. En éstos había triunfado un solo partido reformista, por lo que le era teóricamente posible tener el control de la clase trabajadora. Todos los países nórdicos tenían una clase obrera más nacionalista y solidaria, que apoyaba a la socialdemocracia. Sabemos que en la década de los cuarenta, entre

70 y 80% de los trabajadores manuales votaron por partidos socialistas, lo mismo que entre 30 y 40% de los oficinistas.⁵⁰ Tanto los “índices Alford” del voto por clases para el periodo de la posguerra, como los datos de regresión que se presentan en el cuadro 3 muestran que en los países escandinavos fue donde el voto por clase alcanzó el nivel más alto, seguidos de Gran Bretaña (así como de las dos muy “británicas” naciones de Australia y Nueva Zelanda) y Austria (el único país católico de este grupo principal). Es obvio que estas cifras están afectadas por las distribuciones marginales, es decir, por el tamaño de la clase trabajadora, el número de partidos y el total del voto por la izquierda. Aun cuando el Partido Laborista del periodo de entreguerras sólo contaba con 30 o 35% del apoyo nacional, lo que hacía difícil que pudiera controlar clase alguna, en Gran Bretaña se presentaron altas correlaciones ecológicas con la clase. Después de las elecciones de 1924, el porcentaje de trabajadores manuales en el electorado explica alrededor de 60% de la varianza en el voto a favor del Laborista en Inglaterra,⁵¹ el cual fue ligeramente superior en aquellos lugares en los que la clase estaba reforzada por un sentimiento de explotación regional-nacional, como en Clydeside y en el sur de Gales. Las mediciones de clase de McLean, basadas en la vivienda, explican hasta 80% de la varianza en el voto por el Partido Laborista durante el periodo de entreguerras, en los distritos de Glasgow.⁵² La religión sólo elevó ligeramente la cifra en estas dos correlaciones inglesa y escocesa. La región y (hasta cierto punto) la religión tal vez aislaron a las comunidades de clase, rivales unas de otras, protegiendo así a las macrocomunidades proletarias de la ofensiva conservadora.

En otros lugares encontramos una competencia más ideológica en el seno del izquierdismo, y entre éste y otras ideologías políticas y religiosas, especialmente en aquellos sitios en donde los socialistas obtuvieron menos votos. El socialismo español alcanzó alrededor de 20% del voto durante la Segunda República (1931-1936). Ciertos estudios locales ofrecen indicios de su poder de captación.⁵³ En la ciudad meri-

⁵⁰ Esping Andersen, *op. cit.*

⁵¹ J. Miller, *Electoral Dynamics in Britain Since 1918*, Londres, MacMillan, 1977, p. 148.

⁵² McLean, *op. cit.*, p. 227.

⁵³ Por lo general, estos estudios no han logrado elaborar estadísticas locales que puedan ser comparables. Así, por ejemplo, Lleida sigue siendo la única provincia que yo haya visto en donde el número de sacerdotes está en correlación con el voto, mientras que Alicante es la única ciudad en donde se han estudiado el género y el número de mujeres trabajadoras. El resultado es un mosaico de estudios cualitativamente diferentes,

Cuadro 3

Porcentaje de variación total (R^2) del voto por la izquierda, explicado en función de la clase, la religión y la región (Países seleccionados, 1956-1985)

	Países												
	Gran Bretaña		Alemania Occidental		Grecia		Italia		Países Bajos		Europa		
	Bélgica	Dinamarca	Francia	1968	1968	1985	1968	1968	1967	1969	1984	1964	1956
Ocupación manual	.13	.16	.33	.14	.09	.07	.04	.01	.14	.12	.30	.04	.04
Miembro de un sindicato		.11			.18		.08	.13	.19		.11	.14	
Asistencia esporádica a la iglesia	.31	.03	.17	.22	.24	.28	.36	.51	.13	.22	.21	.02	.02
Región 1	.33	.04	.10		.05		.13		.11	-.10	.02	-.22	
Región 2											-.05		.10

Notas: Regiones: Bélgica = Valonia; Gran Bretaña = norte, Escocia, Gales; Dinamarca = Región oriental; Alemania Occidental = norte y centro; Italia = norte medio; Noruega = noreste; España = País Vasco, Cataluña; Suecia = norte; Estados Unidos = Estados montañosos, sur.

Ocupación manual: Bélgica = bajos ingresos (ocupación manual en otras partes calificada como sin efecto); Alemania Occidental = manual + oficinistas de categorías inferiores; Grecia: bajos ingresos $R^2 = .13$; Estados Unidos: R^2 raza negra = .14.

Iglesia: Noruega = "baja religiosidad"; Suecia = "se define a sí mismo como no religioso".

Fuente: Estudios nacionales citados en M. Franklin *et al.*, *Electoral Change: Response to Evolving Social and Attitudinal Structures in Western Countries*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

dional de Alicante, las correlaciones más altas (superiores a 0.80) son las relativas al género: las áreas con más mujeres —especialmente con más mujeres trabajadoras— votaban mayormente por la derecha. Esto se explica quizá por el hecho de que las mujeres eran más movilizadas por la Iglesia que por los sindicatos y porque el empleo femenino se ubicaba de manera preponderante en los servicios (especialmente domésticos), los cuales son directamente controlables por las clases acaudaladas. La edad es la segunda correlación más elevada: mientras más joven es la estructura de edad de un distrito, mayor es el número de votos por la izquierda. La clase y el sector venían después: en la manufactura se daba un mayor izquierdismo, mientras que el sector de servicios tendía más a la derecha. El socialismo y el republicanismo de izquierda tenían correlaciones similares con la clase. Los socialistas eran más jóvenes y con mayor número de hombres, aunque proporcionalmente no más obreros que sus aliados supuestamente “burgueses”.⁵⁴

A lo largo de la Lleida rural (en Cataluña), el voto derechista se correlacionaba más con el número de sacerdotes que había en la zona, seguido de mediciones de clase, tales como el alfabetismo y la riqueza agrícola. No había relación alguna con la industrialización, y las mujeres se abstenían con más frecuencia que los hombres (lo que no ocurría en Alicante). Estos dos resultados pueden deberse en gran medida a la fuerza local del republicanismo de izquierda y al anarcosindicalismo catalán, los cuales atraían por igual a obreros y mujeres.⁵⁵

En Logroño (Rioja), 55% de la fuerza laboral estaba compuesta por trabajadores, si bien sólo 20% de la ciudad votó por los socialistas. En 1933, todos sus distritos votaron más por la derechista CEDA que por el PSOE socialista, incluso un distrito que era 71% obrero. En 1936, la plana electoral del Frente Popular obtuvo el triunfo en la ciudad, lo mismo que en toda España, con el mayor voto que se haya alcanzado (70%) en el distrito más obrero, pero dos de los tres candidatos de su plana eran republicanos de izquierda y sólo uno era socialista.⁵⁶ Meses después, la ciudad presentó también una de las tasas más altas de enlistamiento en las milicias fascistas, al iniciarse la guerra civil.

problema que también existe en el nivel macro y comparativo, en el caso de los datos sobre el periodo de entreguerras.

⁵⁴ M. García Andreu, *Alicante en las elecciones republicanas 1931-1936*, Alicante, Universidad de Alicante, 1985.

⁵⁵ J. Barrul Pelegri, *Les comarques de Lleida durant la Segona Republica (1930-1936)*, Barcelona, L'Avenç, 1986; C. Mir, *Lleida (1890-1936): Caciquisme politic i lluita*

La gran ciudad de Zaragoza (200 000 habitantes) nos da una idea más clara sobre los obreros y los anarcosindicalistas,⁵⁷ dado que tanto 60% de su fuerza laboral como casi 80% de sus tres distritos electorales estaban compuestos por trabajadores. Si ajustamos el voto, tomando en cuenta el gran abstencionismo de los anarcosindicalistas, calculo que la CEDA —católica, autoritaria y derechista— obtuvo entre 40 y 45% de votos en la ciudad y 25% en los tres distritos proletarios. Por su parte, los republicanos captaron de 20 a 25% en toda la ciudad, mientras que los socialistas más los anarcosindicalistas recogieron entre 30 y 45% del voto en la ciudad y 50% en los tres distritos proletarios. En la elección polarizada de 1936, el Frente Popular triunfó en la ciudad con 53%, sobre 46% que obtuvo la CEDA (cercano al promedio nacional) y alcanzó 70% en los tres distritos proletarios. Sin embargo (o mejor dicho, dado el apoyo que tenía), de los tres candidatos del Frente Popular uno era socialista, el otro un anarcosindicalista de la CNT que había renunciado al abstencionismo electoral y el tercero un republicano de izquierda. Meses después, la ciudad y su provincia se enfrascaron en la lucha más fratricida que se haya presenciado durante la guerra civil, a saber, el asesinato masivo de “bolcheviques” y sacerdotes, ambos con un considerable apoyo por parte de los habitantes de la localidad.

Diversas ideologías circulaban en estos distritos, lo mismo que en toda España: el monarquismo, el clericalismo, el autoritarismo, el republicanismo de derecha, de centro y de izquierda, el socialismo y el anarcosindicalismo, y *todos ellos* contaban con suficiente apoyo entre los obreros y sus familias. Incluso cuando la República empezó a polarizarse, el voto republicano de izquierda se mantuvo estable (a diferencia de lo que ocurrió en la Alemania de Weimar), mientras que los regionalistas centralistas prefirieron aliarse con el Frente Popular. En este caso, fue la derecha republicana la que se derrumbó ante el embate de la *quasi* autoritaria, “integralista” y católica CEDA. Esto tal vez pudiera interpretarse como una tendencia hacia la polarización de clases, pero, aun siendo así, fue mediatizada por diversas formas de un izquierdismo “proletario” y “burgués” entre los trabajadores.

En los países más rezagados, como Hungría, Rumania, Bulgaria, Portugal, Yugoslavia y Grecia, los socialistas (cada vez más comunistas) aún constituían pequeñas minorías que en ocasiones sólo estaban fuertemente arraigadas entre los artesanos y, en las grandes ciudades, en ciertos sectores de la *intelligentsia*. Los trabajadores urbanos estaban

electoral, Montserrat, l'Abadia de Montserrat, 1985.

⁵⁶ F. Bermejo Martín, *op. cit.*

abiertos a las ofertas de partidos antagónicos y algunos de ellos resentían los privilegios gremiales. Así, a finales de los años treinta, tanto el fascismo rumano como el húngaro desarrollaron una base de masas proletarias (en los pueblos y el campo), dirigida en contra tanto de la derecha conservadora como de la izquierda de trabajadores especializados socialistas.⁵⁸

De esta manera, en la mayoría de los países predominó el patrón de Weimar, es decir, que los trabajadores estuvieran expuestos a la influencia de diversos movimientos de izquierda y de derecha. En términos del apoyo masivo que recibían (aunque no a sus dirigentes o activistas), ninguno de los partidos políticos grandes y triunfantes de todo el espectro político podía ser catalogado como burgués o pequeño burgués. Todos resultaban atractivos a los ojos de los obreros.

Esto era especialmente cierto en el caso de las trabajadoras. En varios países —Austria, Gran Bretaña, Alemania, España— hacía poco que las mujeres habían obtenido el derecho al voto y los socialistas aún no habían formulado políticas o procesos de selección de candidatos que pudieran atraer al sector femenino, lo cual se aunaba al hecho de que sus políticas dominadas por el sindicato eran en ocasiones sexistas.⁵⁹ Dado que las mujeres seguían siendo más religiosas que los hombres, la iglesia tomó el lugar de la organización sindical para conducir las hacia la derecha, en los países católicos, ortodoxos y de diversas religiones (un poco menos en Escandinavia). Pero, por otra parte, los llamamientos religiosos también multiplicaban los obstáculos en las áreas campesinas, los pequeños pueblos y las capitales provinciales predominantemente no industriales. Si bien los socialistas pragmáticos tuvieron en algún momento la esperanza de que ganarían para ellos los electorados interclasistas de los partidos liberales, el ocaso de estos últimos en Europa resultó al final más benéfico para la derecha. Asimismo, otro motivo de preocupación era el gradual envejecimiento de los militantes socialistas, dado que los obreros jóvenes estaban uniéndose a los pequeños partidos comunistas, trotskistas y fascistas.

Además, si los socialistas enfrentaban ahora grandes problemas entre los trabajadores, también se les presentaban obstáculos en otros sectores. Así, por ejemplo, los empleados del sector privado eran suscepti-

⁵⁸ I. Deak, *op. cit.*; A. Heinen, *op. cit.*; R. Ioanid, *op. cit.*; R. Vago, *op. cit.*; F. Veiga, *op. cit.*

⁵⁹ Sobre el caso de Inglaterra, véase M. Savage, *The Dynamics of Working-Class Politics: The Labour Movement in Preston, 1880-1940*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

bles de ser reclutados, como lo demostraron más tarde los partidos nórdicos, pero si bien la mayoría de los indicadores en otros países muestran que en efecto se establecieron posiciones en este sector para obtener tanto votos como miembros sindicales, éstas en ocasiones se perdieron y en otras se conservaron. Por otra parte, los trabajadores del sector público ya se habían polarizado y, dado que los ideales nacional-estadistas estaban cobrando más fuerza, el personal del ejército, los servidores públicos, los maestros y los trabajadores manuales del sector público de muchos estados tendían cada vez más hacia la derecha. Asimismo, los regionalistas no perdían terreno entre sus electores interclasistas, al tiempo que el socialismo había generado problemas particulares entre los campesinos: al ser eminentemente urbano industrial, el socialismo estaba en favor de los alimentos de bajo precio, y su manifiesta preferencia por la propiedad colectiva no resultaba muy del agrado de los campesinos pobres y deseosos de tierras.

El resultado general de esto fue que en los países noroccidentales, con una larga tradición democrática, el centro generalmente se mantuvo firme y la derecha no adoptó el autoritarismo. Por el contrario, excepto en los países nórdicos, los socialistas, después de haber llegado a captar entre 20 y 40% del voto y entre 20 y 30% de la densidad sindical, se fueron a pique. En España e Italia los socialistas agrarios se sumaron a los urbano industriales, pero junto con esto se presentó un estancamiento tanto en el número de votos como en el de miembros sindicales y de partido, lo que ocurrió en 1919 y 1920 en Italia y a mediados de los años treinta en España. No obstante, los casos nórdicos demuestran que tal paralización no era inevitable, ejemplo de lo cual fueron sus socialdemócratas, quienes, con Suecia a la cabeza, estaban empezando a reclutar empleados de oficina (especialmente del vasto sector público) y mujeres. Pero en el resto de los países, eran las movilizaciones conservadoras, autoritarias de derecha o fascistas las que estaban ganando terreno.

De hecho, en la mayor parte del territorio continental europeo, cuando sobrevino el momento final, los socialistas ya habían perdido la confianza en sí mismos y sus acciones contradecían la afirmación retórica de que el futuro les pertenecía. La dirigencia maximalista italiana del PSI, las grandes ocupaciones de fábricas que se realizaron en Italia en 1920, la lucha de los socialistas italianos contra el fascismo en los años 1920 a 1922, así como los partidos de masas socialistas y comunistas y las fuerzas paramilitares de Alemania y Austria de los años veinte, tenían todos ellos un punto en común, a saber, que eran básicamente *defensivos* y su propósito era ocupar sus macrocomunidades proletarias y protegerlas de los ataques, así como defender cualquier ganancia reformis-

ta que hubieran logrado en los años inmediatos posteriores a la guerra. Esto queda ilustrado por el hecho de que, durante las ocupaciones de fábricas en Italia, los militantes defendieron las plantas que habían tomado, así como los cuarteles del partido y del sindicato, pero no atacaron ningún edificio público. De igual forma, mientras las columnas aéreas de los fascistas bombardeaban hasta el último cuartel socialista en Italia, estos últimos no hicieron sino emboscar a los atacantes que se aproximaban, como lo reconoció tácitamente su líder, Tasca, tiempo después.⁶⁰ Asimismo, cuando los nazis alemanes marchaban provocadoramente hacia las comunidades proletarias, lo único que hizo la izquierda (salvo por un brote de agresión comunista de 1929 a 1931) fue defenderse a sí misma y a sus guetos. ¡Y los socialistas alemanes intentaban repeler el asalto nazi apelando a los tribunales de justicia! Ningún partido presentaba resistencia en las calles. Los socialistas austriacos respondieron con cautela a la serie de provocaciones del *Heimwehr* y de los nazis y, si bien algunos finalmente se alzaron en 1934, no fueron capaces de avanzar y ocupar el espacio público que el *Heimwehr*, la policía y el ejército, desconcertados, estaban momentáneamente abandonando.⁶¹ En este caso, igualmente, el socialismo sólo defendió sus espacios y fue aplastado. Apenas presentaron resistencia ante la crecida de ataques del autoritarismo de derecha que asoló el este y sur de Europa, desde los estados balcánicos hasta Portugal.

Únicamente la izquierda española (después de presenciar todo aquello) se alzó enérgicamente en armas, pero aun así, en julio de 1936, la única respuesta de los dirigentes socialistas (tanto del sindicato del PSOE como del de la UGT) al levantamiento militar fue convocar a un huelga general. No obstante, la izquierda española —los republicanos “burgueses” así como los socialistas y anarcosindicalistas— sí luchó con resolución durante tres años, hasta que fue derrotada no por las vacilaciones o divisiones internas, sino por la superioridad de las fuerzas militares.

No es mi intención restar importancia a los grandes logros que obtuvieron los socialistas en sus macroguetos durante el periodo de entreguerras. Éstos alcanzaron su punto más alto en la “Viena Roja”, en donde los socialistas ganaron el control de un gobierno municipal al que se otorgaron poderes fiscales inusuales bajo la nueva Constitución. La vi-

⁶⁰ A. Tasca (seudónimo de A. Rossi), *The Rise of Italian Fascism, 1919-1922*, Nueva York, Gordon Press, 1976. (La primera publicación fue en 1938.)

⁶¹ Véase Bukey, *op. cit.* Los dirigentes de SPD eran reformistas, mientras que los del SPÖ austriaco tenían una posición ambigua, pues por una parte buscaban reformas, pero por la otra, rechazaban a las coaliciones burguesas.

vienda “roja” y otros proyectos se estaban financiando mediante un novedoso sistema fiscal progresivo y en casi todos los lugares el socialismo entretejió sus núcleos rurales con densas redes de *casas del populo*, *casas del pueblo*, proyectos educativos, asociaciones musicales y deportivas, maquinarias electorales, etc. Sin embargo, su limitación estaba muy clara: el socialismo no podía ir más allá de la macrocomunidad. Algunos sociólogos, al analizar el caso de los trabajadores “proletarios” de los años sesenta han observado en ellos una actitud defensiva, de proyección hacia el interior de la comunidad local y de incapacidad para transformar a la sociedad hacia el socialismo.⁶² Pero los antecedentes de tal actitud se remontan a épocas muy anteriores e incluso se observa en el periodo socialista evolucionario y revolucionario. Ésta era el resultado de la obsesión de los socialistas por las clases en un momento en que la clase trabajadora, en tanto actor colectivo, estaba en gran medida confinada a la comunidad macroproletaria.

Permítaseme presentar el balance final del periodo cercano a 1938-1939. El socialismo revolucionario y el anarcosindicalismo se habían desplomado en todas partes, luego de ser físicamente derrotados en la mayor parte del territorio continental europeo y de ser superados en los comicios por los reformistas en el noroeste. Sólo en Francia continuaba la lucha entre ambos y los países nórdicos eran el único sitio en donde el reformismo experimentaba un saludable proceso evolutivo. Por su parte, el estancamiento del socialismo en Gran Bretaña podría ser considerado como temporal y la clase trabajadora británica fue tal vez la que poseía el sentido de identidad de clase más pronunciado de todos. Pero, salvo por estos casos —siendo todos estos países eminentemente protestantes—, eran los conservadores, los autoritarios y los fascistas quienes estaban ganando la batalla por obtener el apoyo de las clases medias, las mujeres y la mitad de la clase obrera que vivía y trabajaba fuera de la macrocomunidad proletaria. Al describir estas diversas tendencias, he insistido en destacar las macroestructuras del poder económico, ideológico, militar y político.

Tendencias posteriores a 1945

¿Podrían haber persistido estas tendencias y esa diversidad? Resulta difícil decirlo, dado que nuevamente sobrevino una guerra devastadora.

⁶² J. Westergaard y H. Resler, *Class in Capitalist Society*, Londres, Heinemann, 1975, pp. 393-396.

Los fascistas precipitaron la segunda guerra mundial y perdieron; Europa oriental siguió su propio camino durante cuarenta y cinco años, debido en gran medida a que fue "liberada" por el Ejército Rojo y, salvo por la península ibérica cuyos regímenes quedaron aislados y se volvieron ineficaces, la derrota acabó con la derecha autoritaria. Los aliados promovieron el surgimiento del socialismo de centro izquierda y de la democracia cristiana de centro derecha, colaboraron para la erradicación del comunismo en la Europa occidental y proscribieron el fascismo.⁶³ Casi en todos los países la política se estabilizó en una competencia electoral por el terreno medio, entre los partidos y coaliciones de centro izquierda y de centro derecha. Los partidos católicos al fin se volvieron demócratacristianos, centralistas e incluso ligeramente reformistas, al despojarse de las influencias clericales sobre las políticas y el liderazgo, y esto tuvo un importante efecto sobre el movimiento laboral, dado que tal desaparición de un contumaz enemigo de la clase hizo que la identidad y las alternativas proletarias no tuvieran más que agudizarse. Los socialistas reformistas y los sindicatos moderados volvieron a florecer, como puede verse en los cuadros 1 y 2, ayudados por los asalariados y por una vasta porción del sector público. A partir más o menos de 1948, las insurrecciones se aplacaron a la vez que las pocas huelgas generales o tomas de fábricas no llegaron a ser más que manifestaciones de un día.

El nacionalismo de derecha se había contaminado en los países derrotados. En Gran Bretaña (aunque no en Estados Unidos), las movilizaciones masivas de la guerra, seguidas de la victoria, habían hecho que el nacionalismo se desplazara un poco hacia la izquierda, tendencia que fue más pronunciada en aquellos lugares en donde los movimientos de resistencia fueron más fuertes (Francia, Grecia, Yugoslavia y, al final, Italia). Únicamente en estos países prosiguió la competencia socialista-comunista, pues en el resto de las naciones, la guerra fría coadyuvó a evitar el resurgimiento del comunismo. Asimismo, las diferencias en el voto por género disminuyeron gradualmente en la mayoría de los países.

Gracias a las encuestas de opinión sabemos mucho más de las tendencias electorales de la posguerra que del periodo de entreguerras. Sin embargo, la información aún es muy desigual, al ser muy abundante en lo relativo a la clase, suficiente respecto de la religión y casi nula en lo que se refiere a las bases nacionales y tecnocráticas del conservadurismo.

⁶³ C. Maier, "The Two Postwar Eras and the Condition for Stability in Twentieth-Century Western Europe", *American Historical Review*, vol. 86, 1981.

mo y del socialismo. En ciertas investigaciones recientes se han destacado las diferencias entre las naciones y en ellas aparece diversa la suerte electoral de la izquierda. Pese a la popularidad de las teorías sobre el “desalineamiento” y respecto a los “dilemas electorales del socialismo”, supuestamente insolubles, no existe un consenso en cuanto a que efectivamente haya habido una disminución en el voto socialista entre los trabajadores manuales.⁶⁴ Los partidos de izquierda compensaron en diversos grados la disminución de las cifras absolutas de trabajadores manuales al corregir las deficiencias del periodo de entreguerras, es decir, atrayendo más votos de los trabajadores no manuales, especialmente de las mujeres, y de más sectores públicos. Sin embargo, su aparente hostilidad o indiferencia hacia la religión sigue estructurando su voto, como lo hizo a lo largo del siglo.

El cuadro 3 presenta un resumen de los datos recabados en varios estudios nacionales sobre la clase, la religión y la región,⁶⁵ los cuales han constituido los principales factores predictivos del voto por la izquierda en estos países (además de las mediciones de actitud). Los coeficientes son R^2 , correlaciones parciales, mediciones de la cantidad de variación total en el voto por la izquierda explicada mediante dichas variables dicotómicas, junto con todas las otras variables que los autores emplearon en su modelo. Los datos se refieren al pasado reciente, aunque sospecho que también resultarían básicamente ciertos para el periodo de entreguerras. Éstos coinciden en gran medida con los argumentos que he expuesto hasta ahora. Obsérvese, en primer lugar, la singularidad de Gran Bretaña y los países nórdicos, todos ellos protestantes. Aquí, los factores relacionados con la clase son sin duda los más significativos. De igual forma, la región constituye un elemento importante en Noruega y Dinamarca, así como la religión en Suecia (el autor afirma que esto se debe al reducido número de personas altamente religiosas, con un homogéneo voto antisocialista). Pero en estos países los obreros tienden a votar por la izquierda y la clase media por la derecha. Podría agregar que Australia es muy semejante a Gran Bretaña y que

⁶⁴ Compárense los trabajos de M. Franklin *et al.*, *Electoral Change: Responses to Evolving Social and Attitudinal Structures in Western Countries*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992; y de Przeworski y Sprague, *op. cit.*, con los de J. Manza *et al.*, “Class Voting in Capitalist Democracies Since World War II: Dealignment, Realignment or Trendless Fluctuations?”, *Annual Review of Sociology*, vol. 21, 1995; G. Marshall *et al.*, *Social Class in Modern Britain*, Londres, Unwin Hyman, 1988, y D. Sainsbury, “Party Strategies and the Electoral Trade-off of Class-Based Parties”, *European Journal of Political Research*, vol. 18, 1990.

⁶⁵ Citados en Franklin *et al.*, *op. cit.*

Nueva Zelanda un poco menos, siendo el único país en el que las personas más religiosas tienden a votar ligeramente más por la izquierda.

Pero en ningún otro país importa más la clase que la religión o la región. En las naciones católicas u ortodoxas (desafortunadamente, Grecia es el único ejemplo de lo segundo), la gente más religiosa vota más por la derecha. Asimismo, nos dicen los autores que en los dos países con doble religión, a saber, Bélgica y los Países Bajos, *las dos* comunidades de feligreses son antisocialistas, lo que da por resultado correlaciones más altas. Esto ha sido así desde hace mucho tiempo.

El efecto del regionalismo es, de igual forma, muy pronunciado en varios países (el más alto de los cuales aparece en el estudio Franklin de Canadá, que no incluí en mi cuadro). Esto es más difícil de interpretar, dado que los regionalismos de cada país son diferentes y algunos de ellos apoyan a la derecha, mientras que otros favorecen a la izquierda. Sin embargo, los coeficientes parecen indicar que izquierda y derecha se encuentran sumamente diferenciadas según el concepto que se tenga de nación. Más aún, estos datos regionales no han sido agregados utilizando una base teórica. Si éstos fueran agregados a partir de una teoría sobre cómo se ha desarrollado cada Estado-nación y cuál fue su núcleo histórico, imperialista o "integralista", puedo conjeturar que las correlaciones electorales resultantes serían *mucho* más altas que las obtenidas a partir de la clase y que han persistido de esa manera a lo largo de todo el siglo.

Sin embargo, la atención obsesiva (¿podríamos llamarla "clasturbación"? de los científicos políticos y los sociólogos por los asuntos relativos a la clase, en lugar de la identidad nacional,⁶⁶ me impide demostrar lo anterior. Es claro que hoy día el nacionalismo agresivo parece mucho más débil que en el periodo de entreguerras, y tenemos también muchos indicios⁶⁷ de que la estrategia tecnocrática conservadora se ha vuelto un recurso más eficaz que la deferencia para la obtención de votos entre los trabajadores. Quizás, entonces, el nacionalismo de derecha se haya debilitado o, cuando menos, se haya moderado.

Por otra parte, se puede también observar que las ideologías de los partidos y sindicatos izquierdistas han cambiado mucho. Después de un efímero florecimiento, en la década de los sesenta, del izquierdismo gremial y de la "Nueva Izquierda" y el "Eurocomunismo", los partidos re-

⁶⁶ Por ejemplo, G. Marshall *et al.*, *op. cit.*; y A. Przeworski y T. Sprague, *op. cit.*

⁶⁷ Por ejemplo, R. McKenzie y A. Silver, *op. cit.*; y J. Goldthorpe, "The Current Inflation: Towards a Sociological Account", en J. Goldthorpe y F. Hirsch (comps.), *The Political Economy of Inflation*, Londres, Martin Robertson, 1978.

formistas y los sindicatos economicistas prevalecieron en la izquierda europea. Quizá no debiéramos seguir llamándolos “reformistas”, dado que en el campo de las políticas no ha vuelto a darse una nueva arremetida reformista desde el Plan Meidner sueco de 1975, para la integración de un fondo de inversión para empleados, el cual fue virtualmente abandonado en 1983. Por el contrario, la mayoría de las innovaciones recientes han emanado de lo que Kitschelt llama el “reto libertario de izquierda”,⁶⁸ ajeno al socialismo. Dado que los socialistas del sur de Europa lograron más tarde sus reformas (en España, Portugal y Grecia aún más tarde, en la década de los ochenta), no es sino hasta fecha reciente cuando su impulso se ha visto frenado. Los partidos socialistas están defendiendo lo que ganaron las generaciones reformistas y revolucionarias anteriores. Su macrogueto es ahora, en cierto sentido, el nuevo núcleo del Estado-nación, pero éste ha sido asaltado y erosionado por el capitalismo transnacional. ¿Acaso los partidos contemporáneos —de izquierda o de derecha— merecen aún el título de “movimiento social”? Sus militantes ahora son menos numerosos y menos ideológicos en el sentido tradicional y sus movimientos juveniles disminuyen día a día, salvo aquellos a los que se les han imbuido sentimientos ecológicos o religiosos, mientras que el neoliberalismo de la derecha reciente ha sido vigorosamente ideológico, pero busca elevar el cálculo y el pragmatismo al rango de una teoría total de la sociedad y la política.

Las diferencias entre las naciones que hoy día los sociólogos políticos consideran primordiales resultan insignificantes si se las compara con las del periodo de entreguerras. La izquierda y la derecha han suavizado sus primeras imágenes proletarias y nacionalistas de la sociedad, han mantenido sus posturas antagónicas a la religión y ambas han reforzado las ofertas tecnocráticas interclasistas. He planteado en este trabajo que el socialismo se estancó fundamentalmente debido a los tres contraataques conservadores, a saber, el religioso, el nacionalista y el tecnocrático, con lo que las comunidades verdaderamente deferentes y proletarias quedaron aisladas y confinadas en los rincones más apartados de cada país —en espera de que llegara David Lockwood—. No fue sino hasta la década de los sesenta cuando surgió el término “privatizado” para calificar al terreno medio —entre fraccionamientos suburbanos y consumismo—, pero mucho antes de que esto sucediera ya era esencialmente pragmático y calculador en su conducta política e indus-

⁶⁸ H. Kitschelt, “The Socialist Discourse and Party Strategy in West European Democracies”, en C. Lemke y G. Marks (eds.), *The Crisis of Socialism in Europe*, Durham, Carolina del Norte, Duke University Press, 1992.

trial. El ocaso de las antiguas industrias y comunidades proletarias tuvo mucho que ver con la caída del socialismo, pero también intervinieron otras macrofuerzas, tales como la globalización del capitalismo, su habilidad para burlar al Estado-nación keynesiano y la decadencia y derumbe de la Unión Soviética.

Conclusiones

1) Las principales imágenes obreras sobre la sociedad que identificó Lockwood no eran tradicionales, sino modernas, y éstas fueron parcialmente creadas y recreadas por actores informados a lo largo del siglo xx.

2) Como lo sugirió Lockwood, las imágenes obreras fueron en cierta medida nutridas por comunidades locales de interacción. Sin embargo, las estrategias y organización de los patrones y de la clase dominante, que nunca fueron solamente locales, influyeron profundamente en ellas.

3) En este trabajo he seguido el proceso de expansión de las pequeñas comunidades proletarias hasta convertirse en las "macrocomunidades" generadas por las áreas obreras de los pueblos y ciudades industriales y que comprendían casi a la mitad de los trabajadores y, en menor medida, a sus familias. Estas macrocomunidades, especialmente su núcleo de empleo masculino, constituyeron el corazón de todos los movimientos socialistas del siglo xx, en tanto que su equivalente rural, más comunal y en cierta forma menos masculino, nutrió al anarcosindicalismo y al insurreccionismo relacionado con él.

4) Para explicar esta expansión, así como el éxito de los contraataques emprendidos por los movimientos conservadores y autoritarios entre los trabajadores, debemos analizar los macroprocesos del presente siglo, en especial los del capitalismo, la religión y el Estado-nación. Son muy pocos los pueblos que han podido mantenerse al margen de las batallas de la historia mundial. Las imágenes de la clase obrera sobre la sociedad se han visto profundamente influidas por los auges y colapsos económicos, por las estrategias de la clase dominante y las subsecuentes luchas de clases, por el renacimiento de la religión y el militarismo organizados, por la consolidación de los estados-nación y por las terribles guerras (calientes y frías) entre diversos estados e ideologías.

5) El conservadurismo renació y el socialismo se atrofió debido, fundamentalmente, a que los conservadores emprendieron con éxito tres tipos de movilización —religiosa, nacionalista y tecnocrática— entre todas las clases. Aun cuando la macrocomunidad proletaria se mantuvo

en cierta medida indiferente a tales ofertas, la otra parte de la clase trabajadora no fue inmune a ellas, como tampoco las otras identidades sociales o grupos sociales adyacentes, cuyo apoyo necesitaban los socialistas. Éstos se vieron obligados a responder, pero lo hicieron de manera un tanto errática: sin éxito en lo relativo a la religión, regularmente acertada respecto del nacionalismo y con mayores logros en cuanto a la tecnocracia. Ayudados por el estallido de la segunda guerra mundial, su lucha dio por resultado la reducción del mosaico ideológico en el periodo posterior a 1945, centrado en imágenes tecnocráticas comunes de la sociedad.

6) Dichos macroprocesos marcaron de diferente manera a los distintos países, sectores, regiones, creencias religiosas, géneros y grupos de edad, lo que produjo hondas divergencias entre las naciones y entre las regiones en todo el continente. En este conjunto de complejos patrones, es probable que la diversidad de religiones y las relaciones regionales-nacionales hayan tenido más peso que las relaciones de clase, y es asimismo posible que la mayoría de los obreros (de hecho, la mayoría de la gente) haya recibido y creado, en un momento dado, diversas autoidentidades e imágenes de la sociedad.

7) De esta manera, a lo largo del siglo xx la relación entre los dos principales sentidos del término “clase social” —como una posición y como un actor— ha sido bastante floja. Por “clase” podríamos referirnos, en primer lugar, a todos los individuos o núcleos familiares que tienen una posición dada respecto a los recursos económicos (los medios de producción, el mercado laboral, la estructura ocupacional, etcétera.). En este caso, las clases constituyen un medio útil para distribuir a la población según determinadas jerarquías de los recursos reales. Por otra parte, también podríamos emplear el término “clase” para designar a un actor colectivo que tiene un efecto discernible sobre la historia; tales clases son útiles (o no lo son) para explicar el cambio macrosocial. En mi análisis sobre la clase trabajadora he vinculado ambos sentidos, en virtud de que el actor colectivo ha estado mayoritariamente compuesto por obreros con una posición económica determinada, los cuales, dicho burdamente, eran trabajadores manuales. No obstante, el actor colectivo real era algo más y algo menos que esto, dado que únicamente constituía un subconjunto de aquellos trabajadores manuales, quienes también eran personas que poseían otras identidades sociales: predominantemente hombres en ciertos entornos industriales, comunitarios, religiosos, regionales y nacionales. Este actor un tanto “impuro”, definido por múltiples identidades aunque centrado en una clase, desempeñó en efecto un papel primordial en la etapa histórica mundial del siglo xx. Sin embargo, dicho papel podría haber sido aún

mayor si no hubiera tenido una autoimagen tan puramente "proletaria" y supuestamente "objetiva", con lo cual a muchos trabajadores y otros individuos se les impidió unirse a este actor colectivo.

8) En mi opinión, diversas variantes de tales tendencias habrán de continuar en la medida en que las relaciones económicas, ideológicas, militares y políticas sigan desarrollándose, entretreídas. En un mundo aún caracterizado por el capitalismo, ahora en escala mundial, no encuentro que tenga sentido decir que "las clases han muerto". Pero, por otra parte, las clases nunca han tenido una vida plena, pura e independiente. La clase ha sido, en primer lugar, una herramienta heurística que ha tenido el propósito limitado de hacer mediciones de posición y, en segundo lugar, en realidad, un actor social limitado e impuro, que vive un proceso constante de desarrollo y cambio. Es probable que ambos papeles sobrevivan, si bien en cada etapa deberemos adaptar nuestros métodos y teorías para ir al parejo del incesante cambio social, incluida la clase.⁶⁹

Recibido en febrero y revisado en marzo de 1996

Correspondencia: Depto. of Sociology/ University of California/ Los Ángeles (UCLA)/ 405 Hilgard Avenue/ CA. 90024-1551/ USA/ Fax 95 310 206 98 38.

⁶⁹ Así por ejemplo, si hubiera de continuar este análisis básicamente histórico de Europa hasta el presente, tendría que abandonar mi enfoque eurocéntrico y blanco.